

LA EXPULSION DE LOS JUDIOS DE ESPAÑA

(En defensa de doña Isabel I de Castilla, La Católica)

PRIMERA PARTE

LOS JUDIOS EN JUDEA

Después el Señor Dios dijo: “El hombre ha llegado a ser como uno de nosotros en el conocimiento del bien y del mal. No vaya a ser que ahora extienda su mano, tome también del árbol de la vida, coma y viva para siempre.” Entonces expulsó al hombre (primer judío expulsado de la Historia de la Humanidad) *del jardín de Edén, para que trabajara la tierra de la que había sido sacado. Y después de expulsar al hombre, puso al oriente del jardín de Edén a los querubines y la llama de la espada zigzagueante, para custodiar el acceso al árbol de la vida.”* (¿hasta Dios temía que volviesen?) **Génesis. 4, 22 – 24.**

“Hay un pueblo mal intencionado, mezclado a otras tribus que existen sobre la tierra, en oposición con todos los pueblos, en virtud de sus leyes, que desprecia continuamente el mandato de lo reyes, e impide la perfecta armonía del imperio que dirigimos. Habiendo pues, sabido que este único pueblo, en contradicción completa con todo el género humano, del cual lo aparta el carácter extraño de sus leyes, mal dispuesto hacia nuestros intereses, comete los peores excesos e impide la prosperidad del reino, hemos ordenado (...) que sean todos, con mujeres e hijos, radicalmente exterminados por la espada de sus enemigos, sin ninguna misericordia, el décimo cuarto día del mes de Ader, del presente año.” Escrito del Rey Asuero (Jerjes I de Persia, Siglo V aC.) a sus prefectos reales, gobernadores de cada una de las provincias y a los jefes de cada pueblo (Ester 13, 4-7).

La dominación egipcia

Hacia el año 626 aC. se produjo la invasión y ocupación de la Palestina por los *escitas*, pueblo de origen iranio ya integrado por ese tiempo, por sangre y fechorías, con sus parientes los *sármatas* caucásicos. Era este año, el decimotercero del reinado de Jonás, sucesor de Amón que fuera el decimoquinto rey de Judá (642-640 aC), al que hace referencia el profeta Jeremías en el desorden de su libro y en el otro conocido de su contemporáneo, el profeta menor Sofonías.

Por ese tiempo vino Jonás a descubrir el libro del *Deuteronomio* que se había extraviado como texto y olvidado como ley en la conciencia de los judíos. La obra, que en realidad es un verdadero manual llamado también *Segunda Ley*, es una recensión actualizada de los preceptos dados por Moisés al pueblo israelita.

En base a estos deteriorados documentos se reconstruyó el *Deuteronomio*. El remiendo sirvió como texto para normalizar la jurisprudencia en Judea.

De manera que *puede decirse que este fue el primer arreglo o restauración del Deuteronomio que se conoce respecto de lo que suponemos fue su texto original dictado por Dios en persona.* No está de más decir que, para conciliar esta Ley debió ser indispensable retocar los cuatro libros que le preceden y que conforman el Pentateuco, a los fines de guardar coherencia entre unos y otros.

Lamentablemente se desconoce el nombre del o de los revisores que trabajaron en los contenidos, aunque si sabemos por otros antecedentes que pronto se verán, que esta tarea se reservaba al Sumo Sacerdote y sus escribas pero, en este caso tan particular, no debieron estar ausentes el mismo

Jeremías, muy joven entonces, pero en franco ascenso entre la opinión de los hebreos, y Oseas, su predecesor en el reino del Norte que influía sobre él.

Ante las pretensiones territoriales del Faraón Nakau II, Jonás envió a Josías de Judea para enfrentarlo. Lo encontró en la llanura de Yizreel (Canaán), cerca de Magiddó (la hebrea Har Magedon), punto estratégico y llave que dominaba la ruta comercial que unía Egipto con Siria por el sur (la llave norte de la ruta era Kadesch).

El general egipcio aceptó la batalla ofrecida por los judíos, derrotándolos completamente (608) y restableciendo más luego la dominación de los faraones en Palestina y Siria. La consecuente pérdida de la independencia judía y la privación definitiva de este punto geográfico que les daba cierta hegemonía o monopolio comercial y político regional, así como el control del tránsito por el corredor norte-sur de una región tan álgida, es lo que da lugar a las grandes lamentaciones de Jeremías.

Casualmente, siendo Jeremías tan piadoso y justo no profetizaba ni se lamentaba cuando sus compatriotas judíos, atrevidos y prepotentes, hacían en Megiddó, de gendarmes y aduaneros autoritarios y dominadores con todos los restantes pueblos vecinos, cobrando suculentos peajes a los convoyes comerciales de los árabes particularmente.

Sea por la benevolencia de Nakau o porque éste preferiría caminar sobre las brasas antes que regir a los judíos, decidió nombrar a uno de éstos para que gobernase en su nombre. No le fue difícil descubrir a un individuo de esta calaña entre ellos, encontrando su predilecto en el hermano de Jonás, Jehoiaquim (Joaquín), el cual entre otras cosas, y temiendo un arrebato popular, no se animó a abolir derechamente el *Deuteronomio* de reciente edición y más nueva vigencia a pesar del pedido egipcio.

Pero en cambio incurrió en prevaricaciones de la índole de las usadas por el rey Manasseh (687-642 aC), el hijo de Ezequías que, sometido a los asirios, pervirtió el culto mosaico introduciendo la adoración a Baal y Asherah, y otras divinidades asirias y babilonias, y coligó a Jehová, una *reina del cielo* como diosa paredria. Además reprimió la actividad de los profetas sin lograrlo totalmente. Como se puede observar el Faraón Nakau no se había equivocado con el judío Jehoiaquim quien, a los fines de la dominación egipcia, se comportó mejor de lo que hubiese hecho un egipcio conformemente nativo y a su servicio.

El destierro babilónico

Tres años después (605) se alborozaron los judíos al saber que su antigua enemiga Nínive, la capital de Asiria, era sitiada por los pueblos *medos* unidos por Ciaxares y los caldeos confederados bajo la dinastía neobabilónica de Nabopolosar.

Por otro lado, el hijo de éste, Nabucodonosor II rey de Babilonia, pasando el Eufrates, amenazaba la ciudad de Carchenis (606-605), la que últimamente fue tomada en el 602 dando por tierra con el regocijo hebreo, porque de allí se dirigió a Palestina incorporándola a sus dominios. En un cerrar de ojos trocaron entonces los judíos el yugo egipcio por el babilónico que se mostró desde su comienzo como más pesado: en esta ocasión Nabucodonosor le exigió al rey Jehoiaquim un tributo tan enorme que, según cuentan, dejó exhausta y descalabrada a la economía de Judá por muchos años.

Situación difícil ésta para un pueblo como el judío de tan dura cerviz, y por ello no tuvieron mejor idea que intentar rebelarse cometiendo actos subversivos. El problema así presentado debió ser muy grave en desmanes y asesinatos para que Nabucodonosor en persona se presentara en

Jerusalén (597), deportando a los ciudadanos principales y a Jechonías, uno de los cabecillas, hijo de Jehoiacquím.

En su reemplazo nombró al judío Sedequías ben Josías, de temperamento claudicante, que era el personaje que mejor se avenía a los fines de su imperio y a la pacificación de la colonia. Ni aún así cesaron las protestas y ostentaciones sediciosas de los judíos en contra de la dominación, lo que no se habían visto durante la ocupación egipcia que al parecer habían soportado con mayor resignación.

A estas manifestaciones insurreccionales alentadas desde un principio por el interesado Egipto desde el sur, anhelante por recuperar su antigua colonia, contribuyó a moderarlas el celo de Jeremías que, para conjurar la catástrofe, alentaba una política de sumisión a Babilonia, enfrentándose por ello con los oficiales reales y algunos profetas que lo acusaban de traición.

En la posición intermedia se encontraba el rey Sedecías, siempre ambivalente como ya se dijo, aunque seriamente influenciado por la personalidad de Jeremías que además era su yerno.

Con el objeto de obtener su independencia o cambiar el nuevo yugo por el viejo conocido de los egipcios, comenzaron las tratativas con el Farón Háibria (Apries) de la dinastía *saíta*, enemigo acérrimo de los babilonios quien, finalmente, alentó en los judíos la esperanza de un auxilio que se hizo efectivo en el 598. Con estas ilusiones y semejante apoyatura explícita, los incautos se rebelaron abiertamente. Presuroso Nabucodonosor llegó a sitiarlos (588), mas los soldados egipcios de Háibria lo obligaron a levantar el asedio.

Grande fue la alegría de Jerusalén por acontecimiento tan auspicioso, lo que ha quedado plasmado en la exaltación que del hecho hace Jeremías en su libro. Pero a poco de andar los egipcios fueron rechazados y los babilonios impusieron nuevamente el bloqueo rodeando la ciudad con una cerca de palos.

No fue puesta la empalizada con la intención de que nadie entrase, sino con el propósito de que ninguno de los judíos que estuviesen en el interior de la urbe se les escapase. En vano resistió la ciudadela un año y medio entre llantos y penurias, alentada por el profeta y por el rey Sedecías, puesto ya y decididamente en contra de Nabucodonosor.

Jerusalén fue penetrada por los caldeos desde distintos puntos por las huestes del lugarteniente del rey de Babilonia, general Nabuzaradán, asolada e incendiada, el templo saqueado y luego reducido a ruinas y sus murallas demolidas. Un testigo presencial de estos hechos, que probablemente haya sido Baruc, nos brinda un relato detallado de estos padecimientos.

La pacificación hubo de lograrse con una deportación más numerosa de los hebreos a Babilonia, incluidos los mismos judíos que, desesperados se hicieron desertores pasándose a las filas de Nabuzaradán y a todos los artesanos, sin contar los que huyeron por su cuenta, por tierra y agua, en infinitas direcciones antes de la debacle, como por ejemplo el ejército completo del fluctuante Sedecías que lo abandonó dejándolo solo en las estepas de Jericó.

Hecho prisionero el rey le arrancaron los ojos, previo degollar a su vista a todo su estado mayor donde revistaban, entre otros, sus hijos, y cargado de cadenas de bronce lo condujeron a Babilonia donde terminó sus días en un calabozo.

Después del colapso quedaron en los alrededores de Jerusalén algunos pobres campesinos viñadores y cultivadores dispersos, inconexos entre sí, sin templo, sin sacerdotes y sin maestros,

que se sabe mantuvieron algunos ritos de la antigua religión mosaica como la observancia del Sábado y la Circuncisión.

Posteriormente en Riblá hubo entre los judíos hechos prisioneros de guerra algunos despellejados y la gran mayoría apaleados y ejecutados por el hacha inclemente. Según Jeremías el número total de deportados en distintos segmentos de tiempo ascendieron a 4.600 hebreos y no se tiene idea del número de las víctimas inmoladas en iguales períodos. Sin embargo esto no parece ser todo, porque existen antecedentes de deportaciones posteriores a estos hechos, las que habrían ocurrido entre el 582-581 aC., es decir cinco o seis años después de esta caída de Jerusalén.

Una reflexión ineludible

En realidad el número de desterrados dado por el profeta Jeremías en su *Apéndice Histórico* nos llama poderosamente la atención. Efectivamente, sobre aquel número fenomenal de hombres que iniciaron el éxodo de Egipto, excluyéndose mujeres, ancianos y niños, nos parece llamativo, por lo insignificante, la cantidad de 4.600 deportados por todo concepto y ocurrido durante una década. Si nos atenemos a los primeros censos llevados a cabo por los mismos judíos y registrados en *Números*, también caemos en igual dilema.

¿Entonces alguien no nos ha dicho la verdad? Es posible o bien pudo ocurrir que esto fuera realmente así, en cuyo caso surge una pregunta más concreta: ¿entonces a quiénes desterraron efectivamente las fuerzas de Nabuzaradán por órdenes de su rey? No lo sabemos pero intuimos como respuesta que los desterrados fueron los componentes de la dirigencia judía, entendiéndose por ella a la parte del espectro social que abarcaba desde los profetas, el clero y fanáticos religiosos, pasando por políticos, artesanos, cortesanos, sacerdotes y hombres de las clases pudientes, hasta llegar a los cabecillas y caudillos del pueblo bajo que habitaba la ciudad y sus arrabales.

Estos líderes habrían sido los responsables de la rebelión. A la turba de humildes campesinos y sectores sociales menesterosos y desheredados, que en apariencia serían la gran mayoría, y no una minoría como nos informa el profeta, víctimas usadas e inocentes de sus despiadados dirigentes, no los desterraron y los dejaron que continuasen su vida de paz y trabajo.

Dos pruebas ofrecemos para esto: Nabuzaradán sólo “prendió fuego –dice el texto bíblico- a todas las casas de los nobles”, *pero no dice que haya hecho lo mismo con las del resto de la población humilde*; y, entre los primeros desterrados por Nabucodonosor en el 597 (a una colonia ribereña del río Quebar, cerca de Babilonia), se encontraba un joven sacerdote, junto con muchos otros de igual linaje, de nombre Ezequiel, que luego tendría la deslumbrante visión que lo transformaría *en profeta y caudillo de su pueblo*.

Pesando en contra que los exegetas católicos romanos de Ezequiel aseguran que por su forma de proceder “se lo ha tachado de *excéntrico* e incluso se ha pensado que padecía de *ciertas perturbaciones psíquicas*.” Aseveración que nos deja sin habla, más cuando sabemos de donde viene semejante anatema. Sin embargo son estos los que además y seguidamente nos dicen que lo escrito “*es la Palabra de Dios*.”

Así terminó el Reino de Judá o Reino Davídico en el año 587 y puede considerarse a este terrible acontecimiento, con indulgencia, como la *Primera Diáspora* del pueblo judío.

Sin embargo esta afirmación puede ser discutida, aceptándola nosotros desde luego, porque algo semejante o peor les había ocurrido a los israelitas en el año 729 aC. Efectivamente, por una causa parecida en actores y escenarios, pero con nombres diferentes, ocurrió otra sublevación encabezada

por el judío Hosea (el asesino del rey Pecah, que a su vez era asesino del Pecahia hijo de Menahem, el que había asesinado al usurpador Shalum, que fue el asesino de Zacarías, el último de la raza *Jehú*, etc.: *único caso histórico en el que toda una genealogía se cuenta por homicidas, en lugar de hechos promisorios, legados culturales o aportes a la civilización*).

Este Hosea, como decíamos, se había hecho proclamar rey como cada uno de los criminales anteriores, y encontró propicia la oportunidad para su revuelta por la muerte del rey de Asiria, Tuglat-abdul-Asar que los había sometido. Los asirios sitiaron a Tiro y Sidón cabeceras norte de la rebelión sembrando el escarmiento, mientras que el lugarteniente real Salmansar, y luego Sargón por la muerte de aquél, tomó, saqueó e incendió Samaria, extremo sur y verdadero foco de la sedición, llevándose cautivos a sus moradores a Kalaf, en las márgenes del Habor y del Gozán, emigrando una gran cantidad de judíos a Egipto para evitar el cautiverio en unos casos y en otros por el temor a ser desollados.

De manera que las consecuencias de la política previsora de expatriarlos por parte Nabucodonosor II pueden tomarse, sin mucha dificultad, como la *Segunda Diáspora*.

De todas maneras esta dispersión de los judíos deben considerarse como regionales en cuanto a distancias geográficas y masas importantes de personas deportadas, aunque no sabemos en realidad hasta dónde llegaron en leguas itinerantes y físicamente como individuos o núcleos minoritarios, conociendo que en el Mediterráneo ya habían iniciado de mucho antes sus navegaciones de cabotaje los fenicios y, enancados en ellos, se difundirían hacia el occidente que los judíos, despectivamente, llamaban pagano.

Los fenicios, filisteos, cananeos y árabes, semitas después de todo, primeras víctimas históricas de los judíos, fueron poseedores de prósperas colonias en Chipre (el antiguo Quitim de la Biblia), Asia Menor, Sicilia, Norte de África, Cerdeña, Ibiza y en la actual la Península Ibérica y con pujantes puertos como Tiro, Sidón, Trípoli, Biblos, Arados y Beirut en la costa oriental del Mediterráneo de cuyas riquezas nos habla hasta el mismo Aristóteles.

También se habían lanzado a las expediciones marineras los griegos, que fueron a su vez colonizados primeramente por los fenicios y como ellos navegantes temerarios, cuyo comercio marítimo fue una constante en toda su historia y que, justamente por ese tiempo, a las puertas del Helenismo, sus ciudades lograron cierta independencia bajo la tutela de Macedonia para las navegaciones costeras.

El regreso del Pueblo del Señor

Después de ser sometidos los judíos a duras pruebas por parte de los babilonios, Ciro *El Grande* al extender el Imperio Aqueménida, puso fin a la dominación de los reyes de Asiria y Babilonia extendiendo su soberanía hasta Egipto (539), conformándose el Imperio Persa que resultaría el más vasto y poderoso de los conocidos hasta entonces.

Con el advenimiento del nuevo emperador se produce un cambio importante en las condiciones políticas del Antiguo Oriente. En su magnanimidad y tolerancia Ciro no practica deportaciones masivas sobre los vencidos y propicia el retorno de los desterrados por el régimen anterior a sus antiguas comarcas y países.

Entre ellos se vieron favorecidos los judíos. Inmediatamente, dio licencia a los deportados para volver a su país pero sin concederles la independencia como nación. No obstante ello sólo aceptaron la repatriación y regresaron unos 42.360 (más 7.337 siervos y siervas y 245 cantores),

aunque el texto histórico no aclara expresamente si en esta multitud se comprendían a las mujeres y los niños, así como tampoco dice cuántos fueron los que se quedaron diseminados por la región, lo cual nos parece sospechoso, si es que se tiene en cuenta que los datos anteriores pretenden ser tan precisos.

De todas maneras juzgamos, a todas luces, como minúsculo al número de repatriados a Judá que se consigna en la crónica, si no de caprichoso, respecto del que puede esperar el cálculo o la imaginación de cualquier persona instruida en la evolución demográfica de una colonia (*ghettos* pero abiertos) regida por parámetros normales.

“Los testimonios históricos y arqueológicos permiten afirmar que no fueron muy numerosos – terminan aceptando los indulgentes exegetas bíblicos con un dejo de amargura-, los exiliados que decidieron regresar a Judá. Muchos de ellos una vez instalados en Babilonia, encontraban demasiado duro tener que empezar de nuevo.”

En realidad la inmensa mayoría del pueblo judío renunció voluntariamente a Sión y a Jerusalén, a la patria y a la veneración a Jahos (Jahvé) y prefirieron quedarse en Babilonia, a la que los profetas habían tildado de “hedionda” (véanse los oráculos en Is. 13 y 14), atraídos por las ilimitadas posibilidades que les ofrecía aquel país inmensamente rico, para la obtención fácil y rápida de dinero. Consecuentemente fue esta una negación voluntaria a Jahos (como también le llaman a Jahvé), sus profetas (Is. 48, 20-22 y 52, 11-12), a la tradición y a la tierra de sus padres que era, sobre todas las cosas, la prometida por el *Señor*.

Fue en Babilonia donde los judíos comenzaron a redactar las partes que conforman el *Talmud*, libro de los dogmas y de la moral judía. En el 150 dC. Judá terminó de escribir el *Misná* (la *Ley Esperada*). Los comentarios del *Misna* se condensan en el llamado *Gemara*. La unión del *Misna* y el *Gemara* componen el antiguo *Talmud* (hoy con otros agregados, porque los judíos siguen pensando).

Misteriosamente los más de esta masa de judíos repatriados, verdaderos extranjeros en Judá porque ya tenían idioma, escritura (los antiguos caracteres samaritanos habían sido sustituidos por los llamados *hebraicos modernos*, que son idénticos a los caldeos), y costumbres diferentes a la de sus predecesores desterrados así como su sangre estaba mestizada por la de asirios y caldeos (por sucesivos casamientos con mujeres extranjeras), prefirieron establecerse, mejor que en los lugares de su procedencia por provincias, en las cercanías de Jerusalén.

Presentes en el sitio como auténticos forasteros, rechazaron en general la unión con los *amonitas* (pueblo de origen mesopotámico asentado en las proximidades de la actual Jordania; por ejemplo: Nehemías llama *esclavo amonita* a Tobías), los *ashdoditas* (sureños de cultura filistea), los *guésem* (o *gasmú*) que eran los árabes provenientes de las Transjordania y los *samaritanos* (colectividad judía disidente o cismática y por tal considerada como hereje por ellos, mezclada con los *guésem* provenientes del sur), con los cuales tuvieron prontamente problemas.

Pero en realidad esto no es nada novedoso. Cuando los judíos iniciaron su marcha hacia Jerusalén, todas las poblaciones vecinas que vivían en paz se alarmaron porque conocían muy bien quiénes eran los que regresaban: su virulencia era muy superior a la de los deportados tres generaciones atrás que ya de por sí fueron insoportables. No podemos negar que en esto los palestinos estaban bien informados.

Resueltamente se propusieron impedir la repatriación judía y les ofrecieron desde la partida una enconada resistencia. De esta manera la marcha se transformó en un sufrido peregrinaje por el

desierto, y a las penurias materiales se sumaron las hostilidades de los pobladores que los miraban con odio y recelo por los antecedentes de un pasado turbulento.

Tampoco se equivocaron en esto los pobladores de la Palestina. Las justificadas protestas y comprensibles temores de éstos y otros pueblos vecinos por los atropellos y desmanes de los judíos recién llegados de Babilonia, se encuentran registrados en el Viejo Testamento y escritos por los mismos israelitas, de manera tal que nos eximen de perder el tiempo comentándolos.

Pero los samaritanos en nombre de “*todos los habitantes de este lado del Eufrates*” advirtieron lealmente a Artajerjes por escrito diciéndole: “El rey ha de saber que los judíos que estaban a su lado y llegaron a Jerusalén están reconstruyendo esta ciudad rebelde y perversa: tratan de restaurar sus murallas y reparan sus cimientos. Sepa bien el rey, que si se reconstruye esta ciudad y se levantan sus murallas, ya no se pagarán impuestos, contribuciones ni derechos de peaje, y que al fin de cuentas, esta ciudad perjudicará a los reyes.”

Y más adelante rematan su opinión con: “Por eso enviamos al rey estas informaciones, a fin de que se investigue en los Anales de tus predecesores. En ellos comprobarás que ésta es una ciudad rebelde, perjudicial para los reyes y las provincias; y que en ella se han fomentado insurrecciones desde los tiempos más remotos. Por ese motivo fue destruida. Hacemos saber al rey que si se reconstruye esta ciudad y se restauran sus murallas, *muy pronto ya no tendrás ninguna posesión ni paz de este lado del Eufrates.*”

Llama la atención en esta parte que los exegetas bíblicos no dicen nada de esta verdadera profecía del gobernador Rejúm, o de Simsai su secretario y demás gobernadores de la región reunidos por este motivo en Samaria y signatarios de la carta, que sin ser profetas ni pertenecer al *Pueblo del Señor* dieron en la tecla como los mejores *elegidos por el Señor* al predecir que instalados los judíos se produciría la subversión en la Palestina.

Esta carta sería el antecedente más antiguo de que el judaísmo ya era considerado en aquel mundo como eficaz fermento de cosmopolitismo, de venganza y desorden, de descomposición social y de pérdida de la identidad de las patrias.

Decíamos que el *Pueblo del Señor* terminó reinstalándose en la antigua tierra de Jerusalén en tiempos del sucesor de Ciro, Artajerjes Longimano, cuando Zorobabel reedificó el Templo—previo desalojo de sus habitantes que habían ocupado los predios por baldíos y ello con toda justicia, porque el extrañamiento de los judíos tenía toda la apariencia de definitiva—, se estableció una teocracia, organizada por el escriba o Sumo Sacerdote Esdras, nativo de Babilonia, bajo la dependencia, como ya se dijo, de los gobernadores de Persia.

Esdras y Nehemías

Los sucesivos períodos de esclavitud de los judíos los habían hecho entregarse al culto de los vencedores, mezclado su sangre con la de los extranjeros como ya dijimos y perdiendo, casi completamente, su idioma y la escritura. Nunca en toda la historia de los judíos estuvo esta raza en mayor peligro de su extinción definitiva como en esta etapa (hecho que vuelve a repetirse en la Europa del primer tercio del Siglo XX). Asimismo los libros sagrados y documentos se habían extraviado o se encontraban mutilados, cuando no corrompidos o estropeados por la incuria.

Viendo esta situación de exterminio Esdras, a quien los judíos llaman el *Segundo Moisés* por ser el segundo fundador del pueblo judío (en *tercero* sería Maimónides, el *cuarto* Baruch Espinosa y el *quinto* Moisés Mendelsohn, etc.), se dio a investigar las leyes del *Señor de Israel* y todos los

documentos dados por él a su *Pueblo Elegido*. De esta manera compendió lo existente (el que circulaba de tiempo atrás en Babilonia suponiendo nosotros que en forma de borradores: 2 Rey. 22, 8), lo purgó, recompuso actualizándolo, adicionó modernizando su redacción y lo estructuró en veintidós libros (conforme al número de letras del nuevo alfabeto hebreo).

Al principio el sistema no pudo ejercerse con todo su vigor, porque el pueblo empobrecido y sufriente, los judíos del campesinado que se habían quedado en la Palestina, trabajadores y pacíficos del llano social, conservaban la dolorosa memoria de una dirigencia que los había desastrado no hacía mucho, y era esa misma dirigencia la que ahora volvía remozada y ponzoñosa, pretendiendo reeditar las viejas andanzas y la catástrofe.

Esdras, más político que sacerdote, o las dos cosas juntas, presentó el problema de estos judíos díscolos a la nutrida y poderosa cofradía que aún permanecía expectante en Babilonia.

Enterados los judaicos instalados en el riñón del poder pérsico y viendo esta situación como serio impedimento para sus tenebrosidades, arrancaron del emperador Artajerjes la designación como gobernador de Judea de Nehemías Ben Hacaliya, judío recalcitrante, que ocupaba el inofensivo cargo de *copero* (aunque el lector con toda justicia no lo crea), lugar altamente honorífico al lado del rey (íbidem anterior).

Nehemías llegó a ocupar su puesto en la Palestina en el 445 aC., según él mismo lo relata en un cuento hecho y derecho (Neh. 1, 4-10; 2, 1-10). Porque no fueron sus buenas intenciones las que conmovieron al rey sino la comunidad judía de Babilonia la que presionó para que Nehemías fuera designado en ese puesto.

Este es un hecho concluyente que prueba el peso de los hebreos en la corte Persa, que ya se había manifestado en la liberación anterior de Joaquín que, de prisionero encadenado, pasó de la húmeda mazmorra a residir en la corte, al lado y a la vista del emperador, y hasta llegó a percibir un salario del imperio en carácter de consejero.

Aprovechó Esdras la presencia y apoyatura de tan poderoso brazo, para establecer la observancia de la ley con el *Deuteronomio* recientemente redactado por él mismo como Código (3.537 años después de que fuera creado el Mundo y de dictado el *Deuteronomio* por Dios en persona), el que pasó a constituirse nuevamente en la carta magna del judaísmo de aquella edad del rey Josías, aunque conforme con las demás prescripciones de los otros libros reunidos bajo el nombre de *Pentateuco*, los que, si bien no se dice, debieron ser necesariamente retocados para que no se notasen los cambios o adulteraciones que pudieran haberse hecho.

Algunos rastros de este manoseo aún perduran en las escrituras como por ejemplo: en Éxodo 15, los versículos 14 y 15 han sido agregados después del exilio; lo mismo se puede decir de todo el capítulo 25 del Levítico; la conversación de Moisés con Joab (Núm. 10, 32) ha quedado inconclusa; la falta de Moisés y Aarón (Núm. 20, 2-13) cometida contra el *Señor de Israel* ha quedado en el misterio, pensando los exegetas que fue un episodio poco glorioso para el Patriarca y por eso lo secuestraron; todo el capítulo 4 del Deuteronomio, a pesar de que guarda relación con los discursos de los capítulos 3 y 5, es apócrifo por cuanto habla del exilio y destrucción de Jerusalén que fueron muy posteriores (2 Rey. 25, 8-21) y, finalmente, el castigo impuesto por Dios a Moisés de que moriría sin ver la Tierra Prometida sin motivo aparente y es tan grande el salto que allí se produce que algunos exegetas han llegado a pensar que es una auténtica amputación que ha sufrido texto; etc.

De manera que aquí tenemos *una segunda redacción*, actualización hasta en el idioma y su escritura, adaptación y purga del *Deuteronomio* y del *Pentateuco* “originales”, consecuentemente,

para que los cinco libros guardasen coherencia. Porque el final del Deuteronomio es también el final del Pentateuco (Deut. 31 al 34).

Pero para que el lector termine de asombrarse le comentamos que, además, el *Deuteronomio* de Esdras es más breve que el que actualmente contiene cualquier Biblia, sin que nos hayan dicho por qué.

La única diferencia con aquel otro anterior de tiempos de Jeremías, es que esta vez sabemos que su autor fue el sacerdote Esdras, tan humano como el que más aunque se le supone iluminado, y que de esta manera habría llegado hasta nosotros, sin otras modificaciones, como la *Palabra de Dios* y como tal *indiscutible* y, aunque *en ninguna parte dicen los propios judíos que Esdras actuó por inspiración divina, por tal se lo tiene y reconoce.*

Por este motivo, y no por otras especulaciones malamente hechas por los exegetas, es que en el Libro de Nehemías aparece en un principio Esdras como figura descollante, porque así lo fue, y más adelante Nehemías, porque llegó después, en la etapa dogmática, como brazo ejecutor, portando bajo su patriarcal axila las potestades del emperador imbuido del nuevo judaísmo para hacer respetar el frangollo armado por Esdras y sus secuaces.

No obstante ello se sospecha, por investigaciones más o menos recientes, que fue Nehemías el que precedió en varios años a Esdras. El cronista bíblico habría invertido la secuencia para darle prioridad, dentro de la restauración nacional judía, a la reforma religiosa realizada por un sacerdote (Esdras), sobre la actividad de un laico (Nehemías) que fueron de carácter político.

Nosotros sin saber qué decir, pensamos que las dos opciones son tan lógicas como posibles. Pero dentro de esta coherencia nos inclinamos a suponer que las cosas ocurrieron como las ha plasmado el cronista bíblico, simplemente porque ellas se encuentran más cercanas al sentido común.

De todas maneras y si el lector observa bien, a los fines de la Restauración judía, que los acontecimientos hayan sucedido de una u otra forma no tiene mayor importancia.

Una digresión inevitable y útil

Sobre este espinoso tema cabe hacer aquí una digresión muy útil y por tanto inevitable. Nos preguntamos hasta dónde este Esdras y sus acólitos, y ni hablar del dogmático Nehemías, estaban penetrados por las ideas y religiosidad de los Persas cuando redactaron el nuevo *Pentateuco* para pasarlo como *la palabra de Dios en Persona*.

En respuesta a ello nos decimos que basta examinar detenidamente todas las leyes y todos los principios atribuidos a Moisés, que es de quien estamos hablando, y no se hallará en ellos ningún indicio relativo a la doctrina teológica de los hebreos.

Efectivamente, Moisés en ningún tiempo habló de la inmortalidad del alma, ni de la vida después de la muerte, jamás del Paraíso, tampoco del infierno, y menos aún de aquella rebelión del Ángel, generador de todos los males del género humano. Moisés jamás había premeditado en estas ideas: allí están los textos al alcance de cualquiera para desmentir esto.

En la tradición judía la creencia en la inmortalidad del alma tiene su origen en Esdras y aparece como un aporte tardío del *parsismo* (el *mazdeísmo* o *dualismo* de los Persas).

Por el mesianismo de Esdras todo pasa a ser dominado por el espíritu de un plan preconcebido, donde el pueblo judío, pieza fundamental, queda signado para la dominación del mundo, y cada uno de ellos, como engranajes de una máquina infernal, productos de la unión endogamia que fijará los caracteres *genotípicos* y *fenotípicos* de la nueva raza, estarán empeñados en la búsqueda de la riqueza como una marca de la bendición del *Señor de Israel*.

Eternamente el judaísmo se rebeló contra las privanzas extrañas. Por el Deuteronomio se agitaron contra el culto a Baal; por el Código de los Sacerdotes resistieron a Babilonia; por los Tannaim se opusieron a la cultura helenística alojada en Tiberíades; por Maimónides, los Turim de Ascher, el Schulchan Aruch de Karo se opusieron a la civilización y cultura españolas, pero con el deliberado propósito de destruirla para ocupar ellos su lugar. Pero no pudieron con lo que habría de ocurrirles en su exilio en Babilonia.

Porque fue en Babilonia donde nace lo que decide predicar Esdras en Judea con el brazo firme de Nehemías.

Fue allí donde la comunidad judía guiada por los exiliarcas y los dos *gaones* o rectores de la Universidad (época profundamente marcada por la primera y segunda parte del Talmud), comprendieron el papel internacional al que estaban llamados, si se movían adecuadamente los medios financieros y contando con la unidad monolítica del pueblo judío (cuidadosamente mantenida por los *ghettos*), derramado por doquier por el mundo habitable, pero conexo entre sí, como cientos de receptores dispuestos a captar cualquier señal que se les emita y obedecerla a rajatabla y a contrapelo de la historia si fuere necesario.

Este llamado a la fortuna y la riqueza se había iniciado mucho antes en las mismas escrituras: “en su casa habrá abundancia y riqueza, su generosidad permanecerá para siempre” (Sal. 112, 3); “en el camino beberá del torrente, por eso erguirá su cabeza” (Sal. 110, 7); “conmigo están la riqueza y la gloria, los bienes perdurables y la justicia (Prov. 8, 18); “el pobre resulta odioso aun para su vecino, pero el rico tiene muchos amigos” (Prov. 14, 20).

O también: “premio de la humildad son el temor del Señor, la riqueza, el honor y la vida” (Prov. 22, 4); “al ver esto, estarás radiante, palpitará y se ensanchará tu corazón, porque se volcarán sobre ti los tesoros del mar y las riquezas de las naciones” (Is. 60, 5 y ss.); “no obligues a tu hermano a pagar interés (...) podrás prestar a interés al extranjero pero no a tu compatriota” (Deut. 23, 20 y 21); “destruye entonces a todos esos pueblos que el Señor, tu Dios, pone en tus manos. No les tengas compasión ni sirvas a sus dioses, porque eso será para ti una trampa” (Deut. 7, 16).

Sin olvidarnos de: “él pondrá a sus reyes en tus manos, y tú harás desaparecer sus nombres de la tierra. Ninguno te podrá resistir, hasta que los extermines por completo” (Deut. 7, 24); “Sí, yo me enriquecí, he amasado una fortuna –decía Efraím justificando su avaricia-; pero en todas mis ganancias no encontrarán en mí ningún delito que sea pecado” (Os. 12, 9); y un muy largo etcétera que seguramente cansaría al lector.

Las leyes cristianas detuvieron estas barbaridades que pintan al judío de cuerpo entero.

Nos decía hace un tiempo un insigne escritor católico que “nadie puede negar que el pueblo de Israel –, como cualquier otro, tuvo usos y costumbres que dependían naturalmente de su temperamento, de sus virtudes, de sus vicios, de las vicisitudes de su historia, de su ignorancia y de sus conocimientos. Separar *esta ganga de los contenidos revelados* ha sido la faena del Magisterio de la Iglesia.” Tarea realmente ciclópea que requiere *inspiración sobrenatural* para no equivocarse los *dogmas de fe* por un lado, y para tomar *adecuada distancia del temperamento judío* de los redactores de la Biblia, por el otro. Porque desjudaizar al judaísmo no ha sido tarea fácil.

Quiera nuestro lector examinar paso a paso la Biblia simultáneamente con el Catecismo de la Iglesia Católica (*Conferencia Episcopal Argentina 1993*). Verá allí dos cosas: que la *ganga* eliminada no ha sido poca, por lo que suponemos la tijera de la poda debió quedarse sin filo y que, además, nosotros no le hemos mentado en este asunto. Cuente el lector que de cada diez citas que se encuentran al pie de página del Catecismo, una es del Antiguo Testamento y nueve pertenecen al Nuevo Testamento, al símbolo de Nicea-Constantinopla, a los Concilios Vaticanos y otros concilios, a San Agustín y Santo Tomás, innumerables encíclicas papales, a los Catecismos y Misal Romano y a una larga lista de santos.

No ocurrió lo mismo en la tradición judaica donde se incita y exagera a los miembros de la comunidad para la comisión de estos disparates, que los desvergonzados israelitas ponen en la boca de Dios entregándose, entre otras cosas, al tráfico de dinero sin límites para la conquista del Imperio Mesíánico. Por eso en igual forma se expresa el Talmud como Ley remozada del judío moderno: léanse Dibre David Par 37; Baba kamma 113b; Sanhedrin 37 a; Baba mezia 111b y 70 b, para que el lector tenga un cuadro completo de este horror.

Desde estos libros, que se han empeñado en llamar *santos*, y la formación verbal que les inculcaron, los judíos arrebataron el comercio y tráfico internacional de la Antigüedad a los Sirios y a los Griegos, reemplazándolos en estos quehaceres aún en las villas más miserables del mundo conocido.

Pero estas nuevas relaciones vinieron imbuidas de un espíritu muy particular, “lo mismo que en política prefieren considerar –analiza Lombard-, en vez de la persona humana viviendo en su medio familiar y profesional, un individuo abstracto frente al Estado, en materia de negocios, sustituyen a las relaciones personales, comprometiendo la honradez de los contrayentes, por una obligación escrita anónima, un título de deuda de forma jurídica.” Espíritu que es el padre putativo de la creación de las fórmulas comerciales (muy particularmente de las sociedades anónimas) y piedra angular del raterismo bancario como institución.

Hoy mismo se ha escuchado decir, en medio de una crisis espantosa, que “la nación no puede existir sin los bancos.” En 1810 y 1816 no había bancos y sin embargo nació la nación independiente. Después vendrían los bancos. Y así muchos murieron para que la Patria viva y otra infinidad viven para que la Patria muera.

Por este motivo el dinero deja de tener una función social, como se le reclama insistentemente desde la Iglesia Católica, generador de trabajo, bienestar y de concordia entre los hombres y los pueblos, para ser un instrumento de dominación, para esclavizar al prójimo y a las sociedades en la antigüedad y a las naciones enteras en nuestro presente.

Decíamos que, sin embargo las ideas que revestían a Esdras lograron obtener un puesto en el judaísmo, no por el mérito de Moisés sino porque Zaratustra con su *mazdeísmo* las evangelizó en Persia dos siglos después que él (en la época del advenimiento aqueménida entre el 660 y el 583 aC.), en Asia y en la India entre los *Parsis* y *Garabíes* que la tomaron como propia, donde aún sobrevive en toda su pureza a pesar del constante asedio de los islamistas, sus enemigos implacables.

Algún teólogo estudioso, aunque hoy son una especie en extinción, podría responder que estas ideas se han encontrado en diversos escritos judíos. Esta es una verdad. Pero solamente por segmentos y fueron como consecuencia de sus relaciones políticas: principalmente cuando los hebreos fueron vencidos y dispersados por los reyes de Nínive y Babilonia, que los transportaron a

las orillas del Tigris y del Eufrates, en donde permanecieron por tres generaciones consecutivas, descubriendo al *Ahura-Mazda* de Zoroastro, el *único dios digno de adoración* según los persas.

Allí fue, y no antes, donde adoptaron las costumbres y las creencias que en otros tiempos rechazaban como contrarias a sus leyes. Seguidamente vino Ciro (alabado por el judaísmo en Is. 41, 25-29; 44, 24-28 y 45, 1-8), un rey generoso y tolerante como hemos dicho, quien los liberó de la esclavitud (o completamente judaizado: “Yo digo de Ciro: ¡Mi pastor! El cumplirá toda mi voluntad”, Is. 44, 28 y “así habla el Señor a su ungido, a Ciro, a quien tomé de la mano derecha, para someter ante él a las naciones”, Is. 45, 1).

Por esta nueva libertad, o por afinidad del monarca con las creencias judías, o simplemente por reconocimiento, se acercaron agradecidos a los persas y se hicieron imitadores de estas ideas revolucionarias para la época y discípulos frequentadores del *Avesta*, en lugar del perimido *Pentateuco mosaico*, y de allí que terminaran, como única solución, actualizándolo según aquella imagen y conforme a su semejanza.

Sobre este calamitoso asunto existe una prueba irrefragable. Ya hemos dicho que según el texto bíblico existía durante el cautiverio de los judíos en Babilonia un *misterioso libro* que circulaba entre ellos y que era leído a la comunidad frecuentemente. Este *libro recóndito* no debió ser otro que los borradores del nuevo *Deuteronomio* que después encontró Jilquías haciendo una farsa, terminando de darle forma Esdras y poniéndolo en vigencia Nehemías sosteniendo con la mano izquierda las páginas y con la derecha el convincente garrote educador.

Del mismo modo como en Londres o París se educaban a jóvenes argentinos bajo las escuelas inglesas o francesas hasta la primera mitad del Siglo XX, en Babilonia se educaban en aquellos tiempos bíblicos a los hijos de las mejores familias judías en las ciencias, artes y religión de los caldeos.

Consiguientemente, ellos llevaron a Jerusalén las ideas nuevas de los dogmas extranjeros como parte del plan preconcebido, así como los nuestros tilingos regresaron con todas las imbecilidades trasatlánticas que aprendieron en los lupanares ideológicos de Europa para envenenar el alma de nuestro pueblo.

Esta es otra razón por la que Esdras para imponer el *Nuevo Pentateuco* necesitó del poder de Nehemías porque, aparte de la desconfianza que generaron los recién llegados, seguramente las nuevas ideas fueron rechazadas inicialmente por los pobladores judíos que habían quedado en la Palestina bajo la antigua ley mosaica y no se habían contaminado con los Persas.

Por este motivo el nuevo judaísmo se funda en las familias repatriadas (Esd. 2, 1-70; 8, 1-14); humanitariamente los judíos casados con extranjeras abandonan a sus mujeres e hijos para que se mueran de hambre (Esd. 10, 18-44); se sella el compromiso de la comunidad (Neh. 10, 1-30); se prohíbe el casamiento con extranjeras (Neh. 13, 23-27) y Esdras dice su increíble letanía (Esd. 9, 1-15), que es la obra cumbre de un hipócrita fariseo que, lógicamente debe justificarse ante la posteridad y un arrepentimiento que es de verse.

Ya puede observar el lector lo que es esta crónica: los repatriados estaban en tal extremo infestados de *mazdeísmo* (los provenientes de Babilonia) que hacían infectados a los judíos que habían quedado en la Judea (los mosaístas) que conservaban toda su pureza religiosa. No es este el único caso en que los judíos invaden, persiguen y hasta matan a los mismos judíos.

Para convencernos de esta incontrastable verdad, *que a los teólogos les cuesta tanto explicar porque no la pueden explicar*, no tenemos más que comparar la religión de los antiguos persas con

la narración de los judíos y de sus descendientes directos y, con excepción de alguna menuda discrepancia, se verá el asombroso resultado. Si se comparase la teogonía de los actuales *parsis* con la de Esdras se podrían producir síncope cardíacos en cadena. Se ha dicho, sin embargo, que los *parsis* copiaron a Esdras, lo que realmente es muy gracioso. Los primeros discípulos de Zoroastro en la India fueron los *parsis* hacia el 598 aC.; de allí pasaron estas doctrinas dualistas a los persas durante la dinastía aqueménida trascurridos cincuenta años a esta parte: un siglo después de esto recién nacería Esdras.

Verdaderamente, los persas se reían de las profecías y de los libros de Moisés remozados por la pluma novelística de Esdras, Jilkías y otros atrevidos, porque conocían bien que la composición de aquellos textos era en muchos siglos posteriores a lo que se suponía por los dichos sancochados de sus nuevos autores.

A esto podría agregarse que los judíos hasta el día de hoy no han creado ninguna cultura propia que se conozca, ni siquiera la escritura les es genuina, sino que siempre han vivido y viven todavía entre otras naciones participando de la cultura de ellas, más imitándola y copiándola que formándola o pervirtiéndola antes que mejorándola. Esta sola aserción sería suficiente para descalificar a los judíos como autores de la cosmogonía y consecuente teogonía que aseguran enfáticamente, junto con sus herederos, fue de su inspiración.

Pero el lector con toda derecho dudará de lo que acabamos de decir. En ese caso le damos la solución: transitar las distintas bibliotecas, algunas muy bien provistas, de la nación entera y nos digan al final cuál es la cultura judía. De cualquier otro pueblo las hallarán rápidamente, pero de los judíos jamás, porque no tuvieron en su brutalidad ni un pastor que hiciese una runa sobre la piedra o un pequeño icono de barro. ¿Es este entonces el pueblo que montó semejante edificio teológico?

Pero muy astutos y sabiéndose como pueblo verdaderamente castrado en las cuestiones relativas a la alta imaginación, al pensamiento abstracto ceñido por la lógica y las elevadas especulaciones que enhebran lo teórico-histórico-filosófico con los aspectos político-doctrinarios (digamos que les faltó la inteligencia de un Santo Tomás de Aquino o de un San Agustín), tuvieron que decir que tal inspiración fue divina.

Dos motivos alentaron a ello: por un lado evitaron ser descubiertos como plagarios de las supersticiones noveladas de los persas e hindúes, lo que hubiese hecho reír a carcajadas a media humanidad y, por el otro, que su palabra, *que es la de Dios*, no pueda ser discutida, ni aún entre el mismo pueblo judío que fue una de sus primeras víctimas. Que a esto no lo dicen, pero se ve, se sabe y se siente.

Sobre estas vinculaciones de las creencias judías con la teogonía egipcia, asiria, persa e hindú hay un hecho que merece contarse en esta parte con *animus jocande*.

Aristóbulo fue un judío que había pasado su vida entre los pedregales de la *Tierra Prometida por el Señor*, ora ordeñando cabras, ora persiguiendo ratones con su sandalias para merendárselos con alguna cebolla cruda.

Grandecito ya se fue o lo llevaron a Grecia. Allí no tuvo mejor idea que ponerse a estudiar a los filósofos griegos que habían vivido unos cuatrocientos o quinientos años antes que él, cuando sus antepasados judíos mataban el tiempo dándose de puñaladas entre ellos o con sus vecinos y algunos que otros lanzazos en las tolderías tribales (que los escritores llaman *tiendas* porque en ellas habitaba *El Pueblo del Señor* y un *Pueblo Elegido*, nada menos que por Dios, no puede vivir en *toldos* ni *chozas*).

Ocurrióle al autodidacta Aristóbulo lo que nosotros estamos diciendo, pero sin que él lo supiese y, desde luego en su estolidez, moriría sin saberlo. Estudiando a los filósofos griegos pensó que ellos se habían inspirado en la Biblia, o por mejor decir, en lo que entonces se llamaban entre los judíos *Escrituras* simplemente.

Tantas coincidencias encontró el despistado filósofo en el Siglo I aC. como las que nosotros vemos hoy en día, con lo que llegó a pensar de esta manera como un afectado de locura. Nosotros sabemos que Aristóbulo no estaba demente, y conocemos muy bien que el plagio fue al revés: entre hindúes, fenicios, egipcios, persas y griegos hubo una interacción milenaria y permanente en sus teogonías porque todas hundieron sus raíces en los mismos principios.

Además y fatalmente debería ocurrir así por una cuestión de compartir, prácticamente, la misma geografía, las rutas naturales del comercio, las corrientes migratorias y las políticas exteriores dominantes o dependientes de sus mandatarios.

En este sincretismo oriental encontraron los judíos a estos pueblos y maravillados, diéronse a la *imitación* con fervor (que es una de las tantas formas de robar), pero luego dijeron a porfía que las ideas eran suyas (en algunos casos ni los nombres cambiaron).

Como los judíos, así los descubrirían luego los romanos a estos pueblos milenarios. Con sus creencias alimentaron y engrosaron su paganismo cambiándole sólo el nombre a las divinidades (prueba de que la imbecilidad humana es permanente y no tiene límites), o les adjudicaron a los viejos ídolos nuevas capacidades y prodigios para agigantar el número de incautos devotos y prosélitos.

De esta manera y de un solo salto, sortearon los judíos la enorme oquedad de varias decenas de centurias culturales, nivelando lo que hay entre lo que fueron y cuentan, y lo que realmente fueron y son, resultando así que todos dicen por esto refritos, ayer y hoy, que los judíos son una maravilla, tanto que en un pasaje bíblico se demuestra que fueron más astutos que Dios y que les fue bien porque no le llevaron el apunte cuando les dio consejos.

Más aún: en reiterados pasajes bíblicos los judíos lograron que Dios se arrepienta, lo que no es poco (Ex. 32, 14). Es decir, lo enderezaron para que se comporte como Dios y se deje de andar haciendo cosas de un inmaduro. Que Dios estará en los Cielos pero aquí abajo están los judíos que lo enmendarán (Ex. 32, 11-12).

Otros judíos, superando a éstos y aquellos, son más prácticos que todos y directamente no se mueren nunca, como es el caso de la fábula del *judío errante* (que Mateo de París, monje de San Albano en el Siglo XIII decía que se llamaba *Cortaphilus* y fue portero de Poncio Pilatos, y otros que su nombre fue *Ahseverus*, de profesión zapatero, tan enigmático que hasta Goethe se ocupó de él en un estudio enjundioso).

Muchas devotas de cofradía, y otros que no son pero que parecen, repiten la quimera de vez en cuando como si fuera la pura verdad y hasta dicen haberlo visto. Puede ser este un efecto secundario de la desocupación que hay en el país.

En otras palabras: lo del *Pueblo Elegido por Dios* es la pala mecánica de una máquina vial que con su enorme lengua de acero allana cualquier diferencia entre la ficción que leemos de una gavilla de brutos devenidos repentinamente en sesudos pensadores, y la realidad palmaria que vemos de muchos pícaros que habitaron entre ellos.

De esta manera Dios, nada más ni nada menos, pasa *por y para los judíos* de Ser Supremo a Editor Responsable, con aciertos, barbaridades y mentiras incluidas: si algo ocurrió, anda o salió mal (crímenes y delitos de todo género, usura, depravación, venganza, incesto, mentiras), se le debe preguntar a Dios y no a ellos que, después de todo, lo sufren como nosotros de puro obedientes que son y, como se ve, tienen que andar corrigiendo al Ser Supremo a cada rato como a un mozalbete. Para eso se inventó la propiedad intelectual. Porque pedirle razones a Dios es como ellos mismo dicen: *intentar derribar la Luna lanzándole piedras con una honda.*

En esto como en toda ocurrencia subyace un fondo de verdad: Dios es para nosotros invulnerable. Pero por ello y como consecuencia lógica pensamos que Dios debe poseer todas las cualidades más sublimes de amor, bondad, de justicia y de misericordia. Dios no puede ser cómplice de las extravagancias humanas urdidas por esta reducida y facinerosa canalla, descendiente, como confiesa el mismo Moisés, de un mezquino paria o caldeo, o tal vez las dos cosas juntas, refugiado en Egipto y tan prófugo y ladrón como él que los acusaba describiéndolos, porque si no jamás hubiese sido el caudillo de semejante rebaño para el tan mentado *éxodo*.

Al fin de cuentas esto no podía ser de otra manera, porque el vocablo *Israel* significa en hebreo *el que lucha contra Dios*. Y, justamente, la historia del *Pueblo del Señor* no es otra cosa que el sorprendente espectáculo de la batalla de Dios *que lo ama más que a cualquier otro pueblo*, sin que se nos diga por qué ni miras de ello, como un capricho, para conducirlo por los caminos rectos de la providencia y se estrella contra sus perpetuas deserciones, apostasías, traiciones, crímenes, rebeldías y obstinaciones.

Todos los que hemos estudiado la historia de las naciones, sabemos que los judíos no fueron más que una turba de brutos miserables, cuyo principal instinto fue el latrocinio en grado confiscatorio, mientras que otros pueblos de aquel mundo, coetáneos con ellos, constituían estados florecientes fruto paciente de su trabajo y de su inteligencia, civilizados, con escuelas, bibliotecas y universidades, instruidos en las artes, las ciencias, la música, la arquitectura, la agricultura, las letras, la navegación, el comercio y la industria, como los fenicios, griegos, hindúes, los persas, los egipcios, los caldeos, etc.

Cuatro de las llamadas Siete Maravillas del Mundo pertenecen a naciones de estos tiempos que no fueron judías. Fueron de estos pueblos inteligentes y amantes de sus patrias: mucho antes de que David, enamorado de Jonatán y Jonatán enamorado de David, como lo dicen los judíos (véase 1 Sam. 18 y ss. hasta 2 Sam. 1, 26), con algo más que un taparrabos corriera a hondazos a su vecinos filisteos, siendo esta una gran gloria, y el judío Matatías se refugiara en las cavernas con sus hijos fanatizados merendando lagartijas con ajos y cebollas, vistiéndose con cueros de comadreas unidos con tientos y se apantallaran con hojas secas de palmeras.

Esta es la diferencia entre los judíos y los pueblos que fueron sus vecinos primero y sus víctimas después. Y es la verdad. Es la prueba irrecusable de que el pueblo hebreo es el más grosero de los brotados del desierto: forúnculo insoportable, prevaricador consuetudinario, turbulento por antonomasia, ladrón por definición, provocador recalcitrante y agresor despiadado con sus vecinos con los que jamás ha vivido en paz. Por esta razón ha sido siempre despreciado y, como estamos viendo, concluyó y vivió como esclavo por centurias de las otras naciones, a las que devolvió la gentileza infectándolas con millares de judíos que se les escabulleron entre sus gentes, ciudades y sistemas disfrazados o a cara descubierta.

“La ausencia de una plástica de gran envergadura no le quita a Israel la existencia de *algunas* formas muy altas y expresivas del arte sagrado como la poesía y el canto –los justifica Calderón Bouchet ante esta evidencia-, las glorias más puras de su liturgia.” Esto es verdad pero solamente

en *algunas*, en el sentido de que son muy pocas tanto en cantidad como en calidad. Pensamos que son a estas escasísimas ocasiones a las que se refiere San Bernardo, cuando escribía sobre los Salmos atribuidos a Salomón que le resultaban “la gloria que se compara con el cielo.”

La dispersión en el mundo griego

Aunque Palestina fue conquistada por Alejandro Magno en el 332 en tiempos en que Jaddua era el gran sacerdote, ninguna tribulación soportó Jerusalén hasta que la tomó Tolomeo Sóter, nombrado sátrapa de Egipto quien se esforzó por controlar las tierras adyacentes al valle del Nilo (la Cirenaica, Palestina y la Fenicia particularmente), con la intención de minar el imperio alejandrino.

En el 315 Palestina pasó a manos de Antígono Gonatas, Rey de Macedonia, pero la recuperó Tolomeo Sóter cuyos sucesores la mantuvieron cerca de una centuria, rigiéndola bajo los sacerdotes Onías ben Judda, Simón I, Eleazer, Manasés, Onías II y Simón II, *siendo esta época de considerable dispersión de los judíos por todo el mundo griego.*

Tenemos consumada entonces una *Segunda* o *Tercera Diáspora* judía (no contamos aquí la primera expulsión y diáspora de los judíos que fue la de Adán y de su mujer del Paraíso como lo señaláramos en el proemio), según se cuente, pero esta vez y concretamente, por el mundo griego sin que podamos decir por qué se produjo ni saber hasta dónde llegaron en forma individual, formando pequeños enclaves familiares o colectivamente como parece que fue en algunos casos.

Por esta razón no es aventurado concluir conjeturando que *unos trescientos años antes de la llegada de Cristo los judíos se encontraban diseminados por toda la costa mediterránea* formando pequeñas colonias, asentamientos precarios, o núcleos reducidos configurados por dos o tres familias.

A ellos deben sumarse las otras comunidades en el extranjero que correspondieron formarse en las diásporas anteriores que hemos señalado las que, a pesar de los años, no habían dejado de ser judías. *En aquel entonces, el llamado mundo conocido o habitable, no era más que esta porción del globo; los judíos, se puede decir aseQUIblemente, que ya estaban entonces dispersos, por alguna razón o sin ella, por todo el mundo: desde el este por Babilonia hasta el confín de las Columnas de Hércules por el oeste, y desde el norte por la Armenia y la Macedonia, hasta el Egipto y la Arabia Feliz por el sur.*

Este hecho singular de dispersarse por doquier durante un milenio sin perder la identidad; con fines perfectamente determinados, dentro de otras comunidades sin mezclarse pero inmiscuidos entre los quehaceres de los auténticos dueños de casa; perfilándose como sociedad endogámica, marcando permanentemente las diferencias raciales, de lenguaje, usos y costumbres y hasta de un vestuario estafalarario, diferente de las naciones que los han cobijado hasta llegar a irritarlas por sus sectarismos; comportándose como verdaderos extranjeros y al mismo tiempo, sin querer regresar al Israel originario por más ventajosas que sean las ofertas que se les hagan para ello; constituye en sí, y dentro de la historia de los pueblos, razas o comunidades humanas que han habitado el planeta en diferentes edades, *la base de un gran misterio.* Cada judío es, en realidad, un misterio caminante.

Nada que se haga o diga sin explicar este misterio del judío en la Historia como *Ciudadano del Mundo*, que no es poca cosa, tiene piernas cortas y terminará cayendo, luego de gran circunnavegación, en lugares comunes y trillados. A esto están llamados los jóvenes historiadores para que con rigor científico, sin pasiones ni prejuicios religiosos investiguen el fenómeno que

desnude a los judíos ante los ojos del mundo exponiéndolos tal cual son. Eso será terrible, pero es suficiente.

Volviendo a nuestra secuencia histórica recordamos que en el año 168 aC., el rey de Siria de la dinastía seléucida Antíoco IV Epifanes (*El Ilustre*), envió a su general Apolonio al mando de un poderoso ejército contra Jerusalén. Llegado el griego sin mayores dificultades, destruyó las murallas de la ciudad, abolió el culto judaico por extravagante, confiscó y quemó las Toras, encarceló a muchos y ejecutó a otros tantos y, en el Templo medio derruido, hizo consagrar un altar a Júpiter Capitolino el 25 de keslew de 168, diseminando además por toda Judea cientos de estos altares paganos, que son los que luego iría destruyendo Matatías con sus hijos y otros secuaces en sus correrías.

Precipitados estos acontecimientos el pueblo en general, encabezado por los judíos más intransigentes, huyeron a refugiarse en Egipto, nación transformada de mucho antes en receptáculo de todos los disensos entre los judíos y sus dominadores, cuando no de las peleas entre los mismos judíos por tal o cual cuestión de política interna. Otros se fugaron al desierto y una minoría cerril de fanáticos se escondió en las inaccesibles cavernas de las montañas (que es de donde habían venido la primera vez con el *Señor de Israel*).

Los Fariseos y los Saduceos

Al principio de esta centuria aparecieron en el seno de la comunidad judía dos sectas o partidos que habrían de tener gran influencia, no sólo en la historia de Judea, sino también en toda la región influenciada por el judaísmo. Se trata de los *fariseos* y de los *saduceos*. Mas entiéndase bien: no es que digamos que estos sectarios aparecieron juntos, o como dicen los sociólogos que el uno surgió como reacción del otro, porque no tenemos la certeza de cómo fueron las apariciones. Consecuentemente tampoco estamos persuadidos de que, justamente en esta centuria, ambos movimientos obtuvieran su partida de nacimiento.

El proceso debió ser, necesariamente, mucho más largo en su proceso natural y en consecuencia más viejo. Lo que ha registrado la paleo historiografía de estos tiempos es su participación como organizaciones de superficie ya constituidas, como realidades ya existentes, visibles y arraigadas, jerarquizadas y con ideas suficientemente pretéritas como para que se hayan difundido en el pueblo.

Sin embargo podemos decir que, aparentemente, la de los *fariseos* es la más antigua de las dos hermandades y se habría formado en base a una reagrupación de los antiguos *piadosos* que menciona el libro de los Macabeos. En el año 125 aC. llegaron a la cúspide del poder caracterizados por un nacionalismo sentimental, inorgánico y a ultranza, testarudos y recalcitrantes en cuanto a política nacional y regional y sumamente apegados a la *ley mosaica*, al grado de sectarios y excluyentes. Por esta razón el pueblo los llamó *separados* (que en hebreo se dice *fariseos*).

Este *mosaísmo* ideológico se materializaba en un *igualitarismo* (algo parecido a los *socialistas* de nuestros días, ignorándose realmente qué son, porque como los virus están siempre mutando en formas, colores y efectos, enfermando el cuerpos de las naciones y reventándole la mollera a los jóvenes, sus víctimas predilectas), el que después se derramaría a granel sobre el desprevenido paganismo, incuestionablemente indefenso para conjurar estas penetraciones ideales.

Porque estos pueblos paganos tenían otra forma de pensar, de actuar, de ver y de enmendar sus problemas antes de la llegada masiva de los judíos estructurados y, consecuentemente, otras opciones, inocentes por demás, para darles solución.

Pero el *mito igualitarista* o la *oferta igualitarista* de los judíos fue en aquel ayer y lo es hoy, realmente tan seductora como simple y de allí resultó difícil oponerse a él tempranamente.

Porque, ¿a quién no le gusta siendo un burro que se le considere igual a un hombre estudioso y preparado, o siendo un haragán que se lo tenga en igualdad con una persona responsable que trabaja de sol a sol? ¿No es acaso cautivante la idea de ser libre sin tener responsabilidades sobre todo de índole moral? ¿No es hermoso que se declamen solamente derechos sin que corran parejas las obligaciones? ¿Quién dice que no es bello ser padre sin tener responsabilidad sobre los hijos, ni siquiera para darles de comer? ¿No es hermosísimo y hasta poético que todos los hombres seamos hermanos, sobre todo para que se pueda hacer lo que en otra condición no se podría? ¿Acaso no es sublime que siendo un delincuente peligroso la gente honesta esté obligada a llamarnos señor?

El *mito judío del igualitarismo* hoy forma parte de la conciencia de todas las naciones y quien se atreva a desafiarlo sería pasado por una moledora de carne sin conmiseración por el mismo pueblo que es su principal perjudicado. Sin embargo esporádicamente se sienten las quejas de estos pueblos por la cuestión igualitarista. Ellos se sienten corroídos por una enfermedad pero no saben cuál es. Lo dicen temerosos, en voz muy baja, porque saben que en el fondo el igualitarismo no es natural y hace muchísimo daño. Es un invento para pervertir y engañar.

El mito igualitarista es disolvente de las patrias y, justamente, fue creado por seres sin patria, los judíos, para poder sobrevivir en las patrias ajenas sin dificultades. De no existir el igualitarismo la presencia de los judíos en las antiguas patrias occidentales, particularmente, hubiese sido incompatible y habrían durado en ella lo que un suspiro en la boca de un moribundo.

Si los paganos hubiesen aplicado a los judíos de la diáspora la peligrosísima y brutal Ley del Talió instituida por ellos mismos (Lev. 24, 17-22), muy distinta hubiese sido su suerte. Más aún, pensamos que se hubiesen extinguido en el primer siglo de nuestra era. Por ello bregaron para su anulación y clamaron para que se les apliquen las leyes paganas que eran más indulgentes.

“El cristianismo –comenta Calderón Bouchet, *Gladius*, Nro. 1, 1984)-, en su aparición romana, nunca negó el valor de la propiedad privada como fundamento económico de la vida familiar, *ni predicó una igualdad que desconociera las jerarquías naturales e históricas del orden social*. Una y otra vez enseñó que esas jerarquías no constituyen privilegios válidos para el Reino de Dios. *Existen, son buenas y necesarias para fundar la sociedad terrena*. Se imponen como una *lógica consecuencia de las aptitudes desiguales que poseen los hombres en el ejercicio de sus actividades temporales*. Cuando se trata del Reino de Dios, las condiciones exigidas son otras, otras las desigualdades y otros los parámetros para medir los méritos.”

En cambio los *saduceos*, cuyo nombre proviene del sacerdote Sadoc (el mismo de 2 Sam. 19, 12 que transcurre entre el 1050 y el 970 aC.), su fundador o iniciador, durante la difícil etapa de transición que media entre el régimen tribal y la instauración del estado monárquico en Israel. Desde el *punto de vista social* constituyeron los *saduceos* lo que modernamente llamaríamos una plutocracia u oligarquía según se mire y quien lo haga (tendencia muy común en los judíos). Desde el punto de vista filosófico-religioso, fueron un grupo de *escépticos* a la usanza de Pirrón de Elis, cuyas predicas *sofísticas* de base *antiaristotélica* conocían los judíos desde los tiempos de Alejandro.

Ellos fueron siempre la mayoría en el Sanedrín porque reclutaban sus adeptos entre las clases altas de la sociedad, sean estos por su alcurnia, nuevos ricos o plutócratas viejos, o aventajados burócratas, traficantes, cortesanos, y entre los jóvenes sacerdotes que, preferentemente, proviniesen de aquellos estratos sociales.

Negaban la resurrección de los muertos, la existencia de los ángeles por ser esta, según decían, una mentira importada de Babilonia por sus connaturales a imagen de los seres alados de la mitología caldea. Negaban a los profetas por apócrifos y, de hecho, sus imprecaciones, oráculos, apóstrofes y vaticinios. Viendo sus comportamientos, alguien ha dicho que eran paganos y otros que su fondo era lindante con el ateísmo.

¿Acaso salieron de las plumas saduceas *aquellas negaciones categóricas y sistemáticas de la existencia del alma después de la muerte* que encontramos en el Antiguo Testamento? (léase por favor Sal. 115, 17; Sal. 88, 6 y 12; Sal 6, 5; insinuado en 2 Sam. 12, 23, reafirmadas en Ecl. 3, 19 y repetido para que nadie tenga dudas en Ecl. 9, 10). No lo sabemos, pero está en abierta oposición con la doctrina de Cristo sintetizada en la discusión sobre la resurrección de los muertos (Mt. 22, 29-32; Mc. 12, 18-27 y Lc. 20, 20-26). Presentimos en cambio que de haberlo dicho cualquier otro, nosotros por ejemplo, hubiésemos recibido la condenación eterna.

Estos simples enunciados bastaría para decir que fueron los *saduceos* enemigos irreconciliables de los *fariseos*, aunque éstos tampoco resultaron muy amantes de los profetas, especie siempre superabundante en Judea como los *mesías* (hemos constatado la existencia de más de veinte hasta 1492), al extremo de que en cierto período los exportaban como producto terminado, sin impuestos, flete incluido, en forma gratuita, con barba, sandalias, cayado y oráculos incluidos.

Que, entiéndase, no es para echarles culpa por esto: Cristo mismo les advierte a los Apóstoles sobre estos iluminados y sus falsedades. También lo habían hecho, por ejemplo, Isaías y Ezequiel en su momento. Pero Cristo no reniega y antes bien se adhiere a los profetas del pasado, haciendo mención explícita a los mesiánicos cada vez que necesita iluminar para reafirmar su concepción doctrinaria.

Políticamente los saduceos colaboraron con todos los dominadores que esclavizaron a su nación y asesinaron a su pueblo, comprendidos los romanos de quienes fueron fidelísimos hasta que, cansados al fin de los judíos, sus mentiras y frangollos mal cocidos, los concluyeron definitivamente junto con su Santo Templo en el santo año 70 dC., del que no se pudieron llevar ni un santo cascote o santo trozo de santo revoque como santo recuerdo.

De los *fariseos* se puede decir que si bien sus propulsores y prosélitos fueron devorados como tales por el tiempo, porque cambiaron los ropajes con la habilidad y rapidez propia del judío, *no ocurrió otro tanto con su espíritu ni con su doctrina*.

El *espíritu farisaico* fue la herramienta más poderosa que emplearon los hebreos para la judaización del mundo pagano y se puede decir, sin hesitación, *que se convirtió en el educador moral de Occidente impregnando con su duende todas sus instituciones religiosas y profanas, las que admirábamos ayer en su soberbia y las que nos deslumbran hoy en su arrogancia*. A su vez la *expresión máxima* de las doctrinas farisaicas es la Sinagoga judía, que puede ser tomada como su sinónimo sin caer en mayor error.

Concluir sobre este asunto, de esta manera y resumidamente, no es fácil. Desmentirlo les será mucho peor, sin alentarlos de que alguna vez y tesoneramente lo consigan.

Paradoja es que en nuestra soberbia, musical y amadísima lengua castellana, el figurativo de *fariseo* sea *hipócrita*, y como familiar se reserve para "*persona alta, seca y de mala intención*", que no es otra cosa que la resumida definición de un judío, tal cual los concibe la imaginación popular y como el mismo Jesús los describe en el Evangelio. Que esto no viene de regalo, porque también

tiene su explicación, pero excede al objeto de este trabajo, por lo que queda pendiente para otro encuentro que será en breve.

Los Macabeos y luego Roma

A la muerte del sacerdote Matatías (166 aC) fundador de la dinastía judía de los *macabeos* (una rama disidente de la dinastía de los *asmoneos*), asumió su hijo, el famoso Judas Macabeo que era general del ejército y continuó por las armas la guerra contra el macedonio Antíoco Epifanes y sus sucesores que habían tratado extirpar infructuosamente las supersticiones judías e introducir los hábitos griegos para transformar esta “*raza inferior*” (así las llaman los cronistas romanos, nosotros sólo las repetimos) en algo útil para el género humano.

Pero Judas restauró el antiguo culto en Judea. En esta lucha contra la dominación *selúcida* intentó pactar el judío con Roma, pero la ayuda no le fue suficiente ni llegó a tiempo, porque su ejército fue arrollado por el sirio Bláquides y muerto él mismo en combate (160 aC.).

Lo sucedió su hermano más joven Jonatás hasta el 143 aC. y luego Simón, el mayor de toda esta descendencia y verdadero fundador de la dinastía de los *Macabeos*, hasta el 134 aC. en que fue seguido por su hijo Hircano I *El Grande*, o Juan Hircano, príncipe de la Judea y sacerdote saduceo que, por su pensamiento radicalizado, se enfrentó duramente con la secta de los fariseos.

En vano fueron las gestiones y la lucha de la reina Alejandra para atraerse a los fariseos en favor de sus hijos. La situación empeoró abiertamente bajo el etnarca de Judea, Hircano II, partidario de los fariseos y enfrentado con su hermano menor Aristóbulo II, de mucho más predicamento y coraje que él, pero que estaba apoyado por el partido de los saduceos.

No mirándose bien parado en la contienda civil, Aristóbulo llamó en su auxilio a Cneo Pompeyo *El Grande* que, justamente acababa de ser comisionado por Roma (68 aC.) para reorganizar los territorios romanos en el Oriente. Pompeyo, que quería un poder duradero para Roma en la región, ocupó Jerusalén en el 63 aC. y de esta manera, insospechada, Aristóbulo tuvo a su lado nada menos que a Cayo Julio César, recién llegado de desplumar con prolijidad a los españoles (no queda bien andar diciendo que Julio César fue, entre otras cosas, un ladrón muy delicado, por eso lo decimos aquí disimuladamente).

Pero Antonio Antígono, hijo de Aristóbulo, advirtiendo que los fariseos persistían en sus intenciones siempre exitosas por el apoyo popular, acudió a los partos (una dinastía iraní de los *arsácidas*), que con semejante visto buenos avanzaron resueltamente sobre Jerusalén, la saquearon y se llevaron tranquilamente al pusilánime Hircano II y a Fazel, junto con todos los cabecillas fariseos como prisioneros, dando por terminado de esta manera los cruentos incidentes derivados de la primera parte de la guerra civil entre los judíos angurrientos de poder.

El llamado Libro de los Macabeos cuenta en detalle estas secuencias. En realidad *Macabeos* es un conjunto de cuatro libros de los cuales la Iglesia ha reconocido el primero y el segundo, considerado al tercero y cuarto como textos no inspirados. El más antiguo es el segundo (124 aC.) y el más importante para nosotros en este estudio el primero (100 aC.).

La dinastía herodiana

Cuando Hircano II asumió su reinado había nombrado a su joven sobrino Herodes, de origen *idumeo*, como gobernador de Galilea. Era este un gobierno difícil en aquel momento porque toda la Galilea se encontraba asolada por una multitud de bandas de criminales y ladrones, es decir de

judíos alzados contra todo derecho, orden y poder, diseminados ampliamente por el territorio. Extraña situación esta en que vemos a los *Hijos del Señor* formando verdaderos ejércitos de ladrones y asesinos.

Limpió Herodes de malhechores a Galilea a sangre y fuego, por lo que fue aclamado por su pueblo y declarado *benemérito*. Había liberado a los judíos de los judíos, que no se vaya a creer es poco, porque hasta estatuas le hicieron con escultores venidos de la Caldea y nosotros, a la distancia, hasta nos vienen ganas de aplaudirlo y hacerle unos endecasílabos que perpetúen su memoria en los manuales escolares.

Mas al poco tiempo comenzó Herodes a demostrar que él también era un judío para que no se equivoquen los majaderos como nosotros, y se dio a cometer todo tipo de excesos al extremo de que los habitantes llegaron a extrañar la época de los bandidos y salteadores, cuando comparaban sus vidas con la que les daba este prócer devenido en verdadero azote. Por este motivo fue llevado ante el Sanedrín de Jerusalén con un sinfín de acusaciones en su contra. El alto tribunal judío lo halló culpable, pero empleando la fuerza armada a sus órdenes logró Herodes modificar la sentencia y escabullir su cumplimiento.

A poco tiempo de estos sucesos, luego de la muerte de César, encontramos a Herodes, dueño ya de una considerable fortuna, como aliado con Cassio para desalojar a Celesyria de su gobierno. Consumado este despojo se vengaría cruelmente de los miembros del Sanedrín que lo habían condenado, de todos los galileos que llevaron sus denuncias al tribunal y de los cortesanos de Hircano II que complotados envenenaron a su padre.

De la provechosa redada de los partos se salvó el gobernador Herodes, hijo del también idumeo Antípatro, hermano de Hircano II, el que fuera su mano derecha en la conducción del gobierno tambaleante y que muriera envenenado por los favoritos del rey (dicen que a su vez su padre los estaba por envenenar a ellos, pero le ganaron la partida, porque ya se había despachado a unos cuantos).

Para salvar su regordete cuello del filoso e inclemente alfanje iraní y de los cientos de puñales de los propios judíos que lo buscaban afanosamente para clavárselos entre el tocino y carne, huyó Herodes despavorido, aunque nunca se supo bien cómo lo hizo exceptuando la fortuna que debió sufragar para escapar a Roma en un batel de mala muerte donde, a pedido de la comunidad judía residente en la Ciudad de las Siete Colinas, fue recibido por el Senado para escuchar sus súplicas.

Allí fue atendido por Antonio, Lépido y Octavio, que formaban entonces aquel famoso segundo Triunvirato Romano, surgido de la *Paz de Brindisi* que fuera congruente con la aparición de la constelación zodiacal de la Virgen y que diera ocasión para que Virgilio escribiera su cuarta bucólica.

Cuentan que de los tres mandatarios, el que en realidad recibió a Herodes fue solamente Octavio y, presuponiendo además del apoyo de los mismos judíos romanos, los que, según las crónicas, ya tenían sus hijos como magistrados en la cámara, logró que el Senado expidiese un decreto proclamando a Judea Provincia Imperial y a él Rey de Judea (37 aC.).

A Partir de entonces Herodes, que había llegado a Roma en un gabarra con vela latina y remo, oculto entre bolsas y canastos de mimbres, conteniendo la respiración y pesando treinta kilos menos, fue conocido con todos los honores como Herodes I.

Pero la ayuda de Roma para con Herodes no se limitó a un decreto. El Imperio le facilitó dineros y medios para combatir a Antígono el que concluyó derrotado y muerto en suplicio. Como

consecuencia de esta lucha fratricida Jerusalén terminó semidestruida y sus muros fueron testigos de crueles asesinatos, persecuciones que no cesaron ni de noche ni de día, torturas y saqueos.

Con el correr del tiempo, que todo lo olvida y hace echar al saco descosido los malos recuerdos y, como no podía ser de otra manera con todos estos patéticos personajes, apodaron a Herodes como *El Grande*, por haber auxiliado con su propio dinero a las poblaciones vecinas durante los terremotos, sequías y pestes que azotaron a los judíos durante un período de su reinado.

Desde el punto de vista administrativo y geográficamente el reino de Herodes quedó dividido en Galilea, Samaria, Judea (al oeste del río Jordán) y Perea (al este).

Durante la última parte de su reinado que duró, según se han puesto de acuerdo los historiadores, hasta el año 4 dC. por su muerte, justo cuando debía declarársele por su edad *fósil viviente*, se produjo, según los Evangelios, el nacimiento de Cristo.

Herodes se caracterizó por una obsecuencia ilimitada al mandato de la Roma Judía y a su Primer Emperador, Augusto (Cayo Julio César Octavio). Para agradarle más aún mandó a construir circos y teatros como los que había en Roma donde se hacían justas, competencias por un lado y representaciones de obras y autores extranjeros por el otro.

Es sorprendente de mirar esta acción de tipo cultural, llamémosla así, sobre un pueblo constituido mayoritariamente por analfabetos, hijos y nietos de iletrados, centenariamente embrutecido por sus dirigentes que no sólo lo llevaron a la extenuación, sino que lo pusieron al borde de su desaparición física en repetidas oportunidades.

Cuando se encontraba reconstruyendo el Templo de Jerusalén, vino Herodes a acusar a sus hijos Aristóbulo, Antípater y Alejandro de conspirar en su contra por lo que los mandó a padecer en el cadalso junto con una multitud de personajes que resultaron más o menos culposos en la investigación.

Falleció Augusto diez años después que Herodes y tan viejo como él. Sus contemporáneos dirían a su muerte que “nunca hubiera debido nacer, y que nunca hubiera debido morir.” De tanta fama fue que hasta nos dejó un mes con su nombre en el calendario. Augusto y los romanos después de todo, son los mismos que, con arreglos, dineros y chanchullos de por medio, habían trocado a Herodes de judío fugitivo y harapiento en Rey de la Judea.

Dicen que esta relación obsecuente habría hecho a Herodes impopular entre los judíos, lo que es para dudar. Porque, mirándolo mejor, parecería que los hebreos soportaron con holgura al rey impuesto que aseguraron aborrecer, dado que les duró nada menos que 31 años en el trono sin que se escuchasen pataleos ni rezongos y, en este caso particularmente, ni Juan *El Bautista* que lo bombardease ni Cristo que lo conmueva.

Otras particularidades del gobierno de Herodes I fueron la creación de un *partido*, que podríamos llamar *político*, si lo asimilamos a nuestro pensamiento moderno, dentro de la corriente del pensamiento político-religioso del judaísmo y, tal vez sin proponérselo, de una verdadera familia o estirpe *herodiana*.

Este *partido* “político” *herodiano* que citan los Evangelios, u *organización para la dominación* entre los judíos, estaba compuesta por jerarquías donde primeramente se inscribían los familiares, amigos, sacerdotes, jefes militares y allegados de Herodes, seguidos de muy cerca por los

individuos de origen noble, antiguos y acaudalados propietarios, cortesanos, los nuevos ricos que iba produciendo el sistema y, completando el cuadro, sectores del pueblo basto conforme con la situación o beneficiado con estas políticas como inevitablemente sucede. Se puede apreciar en este contexto un abigarrado núcleo social mayormente parasitario.

Para pertenecer a tal *partido* y ser un dirigente dentro de él, se debía reunir la *condición necesaria y excluyente* de ser *judío de nacimiento e hijo de judíos de nacimiento*. Entonces y como se observa, desde aquellos tiempos *ya no era necesario nacer en Judea para ser judío* y tenía más predicamento *la sangre que el suelo* natal que se muestran así divorciados, cuando nosotros pensamos que una cosa carece de sentido sin la otra. De manera que era lo mismo un judío griego, que romano, sirio o palestino, siempre y cuando se reuniesen aquellas condiciones sanguíneas, o raciales si prefiere el lector.

Dentro de la concepción filosófica fueron básicamente *escépticos* de la escuela *pirronista* y de sus seguidores: Enesidemo, contemporáneo de los *herodianos* y sistematizador de los argumentos de la doctrina, y de Sexto Empírico, otro teórico divulgador proveniente de la escuela alejandrina.

Este *escepticismo* impregnado de *judaísmo* a través de Herodes Agripa, otro de sus pensadores, es el que alcanza enancado en Diógenes Laercio (Siglo III dC.) llega hasta los franceses Montaigne y Bayle y, si así se sigue se puede arribar, aunque por otros conductos como el del judío Baruch Espinoza, a Diderot por ejemplo, o si el lector prefiere a Rousseau, Montesquieu, aunque F. Sánchez y Hume podrían ser los escogidos, etc. Lo que se dice una sorpresa de todos, aunque no debería ser así si se nos permite, porque ellos, masivamente, provienen del campo *igualitarista judío* y por ello *son lo mismo* revestidos con ropajes diferentes.

Desde el punto de vista *religioso* los *herodianos* fueron esencialmente *ateos* de fondo pero no de forma, porque se maquillaron hábilmente con el paganismo suministrado por los persas que los disimulaba ante los ojos de un pueblo creyente e ignorante básicamente, lo que explicaría sus variadas conductas y comportamientos. Pero sumando esto y aquello otro, resulta que lo más importante y sobre todas las cosas, *era ser un judío a lo Esdras*, siendo lo restante, como se ve, cuestión de opiniones y matices del momento, Dios mismo incluido, para que nadie dude.

Provisto por estas dos síntesis no hace falta agregar nada para concluir que los *herodianos* fueron la imagen rediviva de los saduceos y sus continuadores en la dominación del pueblo hebreo y, por ello, enemigos irreconciliables de los *igualitaristas* fariseos y de sus tendencias socialístoides aunque conservadoras. Sin embargo cuentan los Evangelios que para luchar contra Cristo y su doctrina no tuvieron ningún inconveniente en aliarse.

A la muerte de Herodes *El Grande* lo sucedió su hijo Herodes Antipas (Arquelao), tetrarca de Galilea, como heredero del reino de su padre a partir del año 4 dC. Como ya hemos dicho también diez años después murió Augusto César tan vetusto como su amigo el prófugo y mendicante Herodes. En reemplazo de Augusto fue nombrado Tiberio como su sucesor, el primero de los monstruos que deshonraron el trono imperial.

A pedido de Herodes dispuso Tiberio la unificación de los gobiernos de Judea y Galilea poniéndolos bajo su hegemonía. Sin embargo dos años después Judea y Samaria pasaron a depender del gobierno de un procurador con asiento en Siria. Lo mismo habría de ocurrirle a Galilea pero en el año 34 dC.

En agradecimiento y como muestra de su genuflexión a Tiberio, Herodes Antipas fundó la ciudad de *Tiberíades* (26 dC.) en la ribera del entonces lago Kinnereth (que después tomaría el nombre de la ciudad).

Fue Tiberíades una populosa y cosmopolita urbe hebrea y más luego el centro del *Helenismo* griego en Galilea, que habría de tener gran influencia en el pensamiento judío *para los judíos* porque le ofrecieron resistencia. De otra forma no podía ser la concepción *helenística* de los antiguos judíos de Alejandría (judíos que observaban las costumbres griegas y griegos que abrazaron el judaísmo): el imperialismo introduce una nueva estructura política donde la *antigua ciudad* es sustituida por el *estado territorial*. Pero políticamente Israel era entonces una teocracia gobernada, desde los tiempos de Saúl y David, directamente por Dios a través de un caudillo profeta. Solamente en Judá, escindida de Israel, se dio una forma política que, de algún modo, escapó del principio carismático de la teocracia israelita.

Consecutivamente surge una concepción desemejante del mundo donde, y principalmente, la *superioridad armada* (la guerra para la *apropiación*, siempre cara y azarosa, pero rápida) para imponerle la voluntad al enemigo vencido, cede el paso ante el concepto nuevo de la *superioridad cultural* (la penetración ideológica para la *dominación*, mucho más económica, sencilla y segura, aunque lenta, digamos que a lo Gramsci: pero nosotros no decimos que todos nuestros periodistas sean *gramscianos*, no, hay como dos o tres que no lo son), para intentar *imponer la hegemonía*, no ya en tal o cual región, si no sobre los restantes pueblos y culturas del mundo.

¿Un Cristo judío?

En esta cosmovisión enteramente novedosa del mundo por parte del judaísmo habría de llegar Cristo divulgando su doctrina que, en semejante seno partidocrático, nacería muerta entre los judíos como realmente ocurrió, porque su concepción del mundo se encuentra varias centenas de kilómetros por encima de las miserias domésticas de un partido político creado para sortear la coyuntura histórica.

No porque fuese mala o imposible agregamos, sino por resultar trágicamente anacrónica respecto de estas nuevas corrientes que invadieron el pensamiento judío (tomado de los griegos imbuidos del paganismo) y que luego, por lo visto, llegaron a dominarlo. El mensaje de Cristo *nunca fue para los judíos* y si para los israelitas y los restantes pueblos del mundo cuando él universaliza su doctrina. De allí su empeño en decirlo y su insistencia hasta el final a los Apóstoles.

Si se comparan las doctrinas herodianas, farisaicas y saduceas, con el mensaje de cristiano se puede llegar tranquilamente a la conclusión de que Cristo no era judío. Así como muchos israelitas siguieron siéndolo después de Cristo por la heredad paterna, otros israelitas se hicieron judíos abrazando el Talmud edificado por la fe rabínica. Que son dos cosas muy diferentes. Como que un hebreo nacido en Israel no debe ser necesariamente judío, y si es judío en cambio, y tal vez mucho más virulento que otro de Tel Aviv, alguno nacido en el Barrio del Once de Buenos Aires, que jamás ha visto la *Tierra Prometida* ni piensa hacerlo (menos ahora que arrecian los bombazos).

No especule el lector que por negar el origen judío de Cristo, nosotros nos adscribimos a teorías peregrinas que se divulgaron a fines del Siglo XIX y principios del Siglo XX.

Ellas arrojaron un Cristo ario, es decir un Salvador hecho a medida del gusto de una buena parte de la sociedad europea. Una comunidad que luchó durante toda la Edad Media contra los orígenes judíos del cristianismo, dejándonos como testimonios las obras de sus artistas plásticos: Cristos, Madonas, Apóstoles, Santos y Ángeles con caras de europeos. Ni una sola de estas imágenes tiene la

fisonomía clásica del judío o de la judía, y es la prueba incontrastable que ellos, acendrados cristianos, se avergonzaban de tales blasones antes que sentirse honrados, por más libros, músicas y cantos de gran belleza que hayan hecho.

Pero en estas cuestiones hay un completo error conceptual. Como lo hay en aquella teoría que hemos mencionado, que además de blasfema es insostenible desde el punto de vista histórico. Porque así como Cristo no es judío tampoco es ario y más aún: no pertenece a ninguna raza de las que poblaron o pueblan la Tierra, si razonamos adecuadamente. El único hecho de aceptarlo por la Fe o dogmáticamente como el Hijo Unigénito de Dios Padre y Dios Mismo, sería suficiente para cerrar cualquier discusión y poner en evidencia aquellos desvaríos.

Cristo “emerge en el tiempo y en espacio *asumiendo las condiciones impuestas* por la historia, el clima y la raza.” Dios eligió como madre del Verbo a una virgen hebrea haciéndola “bendita entre todas las mujeres”, una jovencita, de carne y hueso como nosotros, que pertenecía por su stirpe a la casa de David. Así como dispuso que su padre putativo resultase José y los apóstoles fuesen israelitas y hasta judíos recalcitrantes como el caso de Pablo en su momento.

Es que los designios de la Providencia son inescrutables, como reza el viejo principio de la sabiduría teológica. Del mismo modo, y tal vez por conveniencia para sus designios providenciales, eligió a Roma como cabecera de su Iglesia, a la lengua latina para que se revelase y expresara ante los hombres y al canto gregoriano para rezar dos veces como decía San Agustín (antes de que los curas *modernos* se hicieran protestantes e introdujeran desfachatadamente la música sincopada).

Hablar entonces de los “linajes judíos de Jesucristo” es también un fantasía lindante en la blasfemia. Mencionar una civilización judeo-cristiana para aplicarla directamente “a las verdades reveladas por Dios trae consecuencias lamentables, porque relativiza el contenido religioso haciéndolo depender de la civilización hebrea y eso no es católico.” Además no es la verdad que todos buscamos.

Siempre hemos visto en este “Cristo racial”, en “los linajes judíos de Cristo” y en el meneado asunto de la “civilización judeo-cristiana”, un trasfondo “protestante” (también en el sentido de *protesta* ante el Magisterio de la Iglesia) y, consecuentemente judío y judaizante. Aunque muchas veces estas palabrejas aniden en la boca (Apoc. 16, 13) de algunos que no son precisamente humildes diáconos o sacristanes de algún templete pueblerino.

La voluntad de Cristo respecto de Israel se pone “por encima de cualquier condicionamiento nacional (o partidario como estamos viendo). Jesús obró en todo momento, como Dios hecho hombre y no como un judío. Reclamó para sí una autoridad y una obediencia que ningún ciudadano israelita hubiese podido reclamar.”

Más aún: no sería atrevido decir que los mismos Saduceos gobernantes, sus adversarios Fariseos y otras parcialidades judías, que las hubo en aquel entonces funcionando como sectas locales y limitadas, se encontrarían también fuera del nuevo contexto y por ello caducas respecto de esta idea verdaderamente revolucionaria. Mas como estas dos fuerzas mayoritarias y las otras satélites coadyuvaban al mantenimiento del poder y a la perdurabilidad del sistema, no fueron exterminadas.

Efectivamente, tanto los Saduceos como los Fariseos, llevarían en ese entonces alrededor de trescientos o más años de existencia formando parte de los sucesivos gobiernos como estructuras consolidadas. Por este solo motivo es impensable suponer que se los podría haber eliminado de un

plumazo, tal como ocurrió con la naciente doctrina de Cristo estructuralmente raquílica y potencialmente endeble.

La última etapa

En el año 19 del reinado de Tiberio se produjo la pasión y muerte de Cristo mientras Judea era gobernada en nombre de Roma por el procurador Poncio Pilatos, yerno de Tiberio, el que se caracterizaría luego por su severidad en la represión por las revueltas de Samaria, hechos que habrían de costarle la remoción de su cargo.

Cuatro años más tarde (37 dC.) acabó Tiberio la vida de desórdenes con que había escandalizado al mundo. Antes de partir para Capri voluntariamente, pero jugando el lamentable papel de un desterrado, había nombrado como sucesor a Cayo Calígula.

Una de las primeras medidas tomadas por Calígula con los judíos fue desterrar a Lyon a Herodes Antipas (38 dC.), por las intrigas y falsas denuncias sembradas en Roma por su sobrino Herodes Agripa haciéndolo parecer como urdiendo una conspiración judía contra el poder imperial.

Su amante y concubina Herodías (la madre de la bailarina y princesa Salomé), que fuera esposa de su hermano Herodes Filipo, tetrarca de Batanea, Trachonítida y otras regiones, resultaría ser, por una venganza y según los Evangelios, la autora intelectual de la muerte de San Juan *El Bautista*.

Esta mujer, que históricamente aparece como endiablada, había abandonado a su esposo para unirse a Antipas el que, a su vez, había repudiado a su esposa hija del rey Aretas quien de inmediato le declaró la guerra al judío para lavar el insulto inferido. Esta dura contienda con los árabes estuvo a punto de hacer sucumbir al rey hebreo de no haber mediado el oportuno auxilio de los romanos (37 dC.), su dinero y su flota.

Camino al destierro Herodías aconsejó a Herodes que se presentara en Roma para pedir justicia. Prestó oídos el destronado rey de los judíos al consejo, pero los romanos aprovecharon de verlo de cuerpo presente para, además del destierro, disponer su cautividad remitiéndolo a Lyon. Sujeción que evidentemente fue breve porque huyendo la pareja al poco tiempo se refugiarían en un pueblito miserable de España donde existía entonces una colonia judía (pensamos que en los alrededores de Murcia). Allí terminarían sus agitados días estos dos personajes.

Muerto Antipas (39 dC.) en este destierro, y como no podía ser de otra manera, se nombró a Herodes Agripa I en su reemplazo.

Era éste un joven príncipe judío educado en Roma y que había compartido los preceptores con los hijos de la nobleza romana, entre los que deben contarse al mismo Cayo César Augusto Germánico (apodado Calígula por el calzado militar que usaba), y de allí la amistad y las presuntas medidas del emperador para favorecerlo, con el implícito beneplácito de la judería de Roma. Confiado en los augurios de este pasado reciente, el judío Agripa había pedido a quien fuera su antiguo compañero, la totalidad del reino que en otro tiempo fuera de su abuelo. Sin embargo Calígula le otorgó solamente la Galilea de la que pasó a ser su *Tetrarca*, que además debía compartir con Beneino.

Durante el reinado de Herodes Agripa se terminó de construir el templo dedicado a Jahvé en Jerusalén. Según los arqueólogos israelitas una parte que todavía se puede observar sería el *muro oeste* de lo que fue el templo del que, como vestigio de lo que fuera en su momento, aún hoy se mantiene en pie y es conocido universalmente como el *Muro de las Lamentaciones*, donde los

judíos van a llorar, desde tiempo atrás, la demolición del edificio y la iniciación de la diáspora (*Dispersión o Golalai, Galuth o Golus*) del *Pueblo Elegido del Señor*.

Judea pasó a ser proclamada Provincia Romana y gobernada sucesivamente por Félix Sesto, Cuspio Fado y Gessio Floro (66 dC.).

Durante el breve reinado del dueto Agripas-Beneino, ocurrieron no pocas turbulencias. Enterado Calígula de la soberbia construcción del Templo deseó que se lo alabara como a un dios en él. Ocurría que el desjuiciado Calígula estaba obsesionado por instalar en Roma un despotismo teocrático donde, lógicamente, él debería ser el centro y un dios al que se le adoraría en los templos junto a Mitra, que entonces venía avanzando sobre el malhadado imperio con la fuerza demoledora de un huracán.

Dentro de este aquelarre el razonamiento del Emperador era correcto, porque el edificio había sido erigido en una provincia romana (y al parecer con cierto dinero romano, noticia a confirmar), y por ello pensó concederles esta gracia o distinción a los judíos (o exigir la alícuota divina que le correspondía en el Templo). Sea como fuere el resultado fue pésimo. Calígula había sido advertido por la judería romana sobre la posibilidad de disturbios pero persistió en la idea. Contando para esto con el beneplácito de Agripa y secretamente, se dieron al trabajo para la entronización de su estatua. Aprovecharon los judíos este pretexto para cometer todo tipo de atropellos y desmanes, pero en realidad el trasfondo de su protesta era contra la dominación romana en Jerusalén y no tanto por la presencia del nuevo dios.

En el año 41 dC. se produjo una conspiración pretoriana en Roma, fomentada por Claudio (Tiberio Claudio César Augusto Germánico), que terminaría siendo el nuevo emperador con el nombre de Claudio I. La espada del tribuno pretoriano Casio Queareas puso fin a los días de Calígula. Poco antes lo había intentado el español Emilio Régulo, pero la confabulación fue descubierta y su cabecilla condenado a muerte.

Durante el gobierno del procurador Poncio Pilatos (26 a 36 dC.), puesto bajo la autoridad del legado de Siria, se produjo una insurrección en Samaria por grupos judíos turbulentos y asesinos llamados *sikarios* los que, entre otras cosas, intentaron apoderarse de Jerusalén en tiempos muy próximos a la Crucifixión de Cristo. La represión de Pilatos fue tan feroz, según cuenta Filón de Alejandría, que resultó el motivo por el que Aulo Vitelio, el sucesor del anciano Servio Sulpicio Galba, lo removiese del cargo.

La insurrección judía

En el año 54 dC., a la muerte de Claudio, fue proclamado emperador Claudio César Nerón. Doce años después volvía la insurrección judía en Judea siendo procónsul de África Tito Flavio Vespasiano.

Pero la sublevación iniciada el 8 de agosto de 66, no vino esta vez de manos de los *sikarios* que habían sido ajusticiados en su gran mayoría, puestos en la cárcel o dispersados por el destierro o voluntariamente. En esta ocasión la revuelta fue provocada por los campesinos judaizados de origen *amorítico* (antiguos semitas) y *hethítico* (indoeuropeos) que vivían en Galilea.

Se revelaban contra la situación de esclavitud a la que habían sido llevados por la usura de los sacerdotes (Fariseos y Saduceos). La insurrección fue tan violenta y sorpresiva que cuando el *Pueblo del Señor* se dio cuenta ya era demasiado tarde: los descontentos ya se habían apoderado del Templo. Desde doscientos años atrás los sabios y humanitarios rabinos les habían enseñado a

no confiarse en los judaizados y antes bien tratarlos como *perros asquerosos* (en el sentido bíblico judío, que es peor que ser un perro propiamente dicho). No les hicieron caso y he aquí los resultados.

Con toda razón pensará el lector que la acción del campesinado (una auténtica toma de la Bastilla francesa, porque el Templo era para los campiranos de la Judea el símbolo de la opresión y de la injusticia), fue una acción que no fue más allá del simbolismo para provocar más dolor al sensible *Pueblo Elegido*.

En realidad provocaron mucho dolor. Más dolor del que se imagina el lector por dos razones: en un documento descubierto en 1883 por doctor Theodor Mommsen (*Historia Romana*, Tomo Vº, 1856 a 1885), Premio Nobel de Literatura en 1902, se pudo comprobar que de la plataforma del Templo Sagrado para arriba moraba el *Señor de Israel* donde se le *rendía culto* (dividido en tres partes: el *Ulam*, el *Hekal* y el *Debir*) y, de esta superficie hacia abajo, es decir en los sótanos o subsuelos, moraba el *Señor de Israel* donde se le *rendía adoración* (¿serían los subsuelos a los que se refiere 1 Rey. 6, 6-8?).

Observe el lector qué economía esta de los hebreos: en un solo lugar le rendían culto a dos *Señores* y hasta para rezar era de ocasión, porque con una sola oración las dos divinidades quedaban contentas o bien que cada Señor tomase el rezo que más le gustase, que es más democrático.

Por otra parte, vean aquellos que andan repitiendo que no se puede servir a dos *Señores* al mismo tiempo, que han errado y los judíos humildemente han demostrado que es posible. Concluyendo se demuestra que se le pueden rendir amores y servicios a los dos señores: al del Cielo y al de la Tierra sin que nadie se incomode o se ponga colorado de vergüenza. Y San Agustín también se equivocó al hablarnos de las dos ciudades, y la sociedad actual ha demostrado que se puede vivir en las dos sin dificultades.

Ahora bien: ¿cuál es la diferencia entre estas dos cuestiones *santas*? El adorado *Señor del Subsuelo* eran las cuantiosas cantidades de oro que los judíos tenían depositadas para su funcionamiento como entidad prestamista. En otras palabras el Templo hacía las veces de santuario y de entidad bancaria, lo que no deja de ser original e ingenioso, como decíamos, y no sabemos a cuántos pudo ocurrírsele semejante picardía que fuese tan redituable y económica como esta.

El Templo, entidad crediticia

Todo lo dicho anteriormente, más lo que el lector quiera, puede ser, menos que fuera una novedad. Por documentos que tenemos a la vista sabemos que en los subsuelos de los templos judíos de Babilonia (500 aC.), los israelitas guardaban cuantiosas fortunas en oro y piedras preciosas y los hacían funcionar como entidades crediticias practicando usuras salvajes

Con este antecedente que hemos brindado al lector, le rogamos encarecidamente tenga a bien leer el pasaje del Nuevo Testamento donde los Apóstoles narran la expulsión de los vendedores del Templo (Mt. 21, 13; Mc. 11, 17; Lc. 19, 46 y Jn. 2, 16). Este gravísimo incidente habría ocurrido cuando “Jesús llegó a Jerusalén y fue al templo; *y después de observarlo todo* –dice el apóstol con gran discreción-, como ya era tarde, salió con los doce para Betania” (Mc. 11, 11)

Verá ahora el lector que las palabras de Cristo tienen otro sentido y asimismo podrá comprobar que las explicaciones de los exegetas son infantiles. Si Cristo es Nuestro Redentor, ¿cómo hacerlo ignorante de tamaña abominación? ¿Acaso merece que los subestimemos nuevamente como lo hicieron los judíos?

“Cuando se enteraron los sumos sacerdotes y los escribas (y los más importantes del pueblo, agrega San Lucas), *buscaban la forma de matarlo* (no era para menos, y ahora harían lo mismo, pero ayudado por los cristianos)—continúa el evangelio-, porque *le tenían miedo* (de ser descubiertos ante el pueblo en su felonía), ya que *todo el pueblo* (ignorante de estos manejos) estaba maravillado de su enseñanza (de que Cristo les haya dicho la verdad; por cuanto toda verdad entraña una enseñanza)” (Mt. 11, 18).

De igual manera se puede leer el versículo que de otro modo nos resultaría incomprensible de entender: “Al divisar de lejos una higuera (el Templo de los judíos que era visible por el camino desde muy lejos) cubierta de hojas (lleno de escribas y fariseos), se acercó (al corazón religioso de Israel) para ver si encontraba algún fruto (el encuentro con Dios a través de la oración), pero no había más que hojas (escribas, fariseos haciendo su negocio). Dirigiéndose a la higuera (la gran sinagoga), le dijo: “Que nadie más coma de tus frutos” (¿fue la ruptura definitiva de Cristo con la sinagoga?) (Mc. 11, 12-14).

Como si las invectivas de Cristo contra los escribas y fariseos fuesen pocas les dice además: “¡Insensatos y ciegos! ¿Qué es más importante: el oro o el santuario que hace sagrado el oro” (Mt. 23, 17). Pero más adelante empeorarían las cosas: “¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que limpian por fuera la copa y el plato (el Templo y su plataforma), mientras que por dentro (en el subsuelo) están llenos de codicia y desenfreno” (Mt. 23, 25). Un poco antes les había dicho: “¡Ay de ustedes, guías de ciegos que dicen: Si se jura por el santuario (de la parte superior), el juramento no vale; pero si jura por el oro del santuario (que duerme en el subsuelo), entonces sí que vale!” (Mt. 23, 16).

No hace muchos años un grupo de arqueólogos descubrieron, debajo donde se cree estuvo edificado el Templo, una serie de túneles y galería muy espaciosas. Algunas de ellas conducían hacia donde está erigida la gran Mezquita de Jerusalén. Los musulmanes, temerosos que desde allí se perpetrara un atentado dinamitero por parte de los judíos, clausuraron con hormigón armado todos estos accesos por lo que se desconoce hacia dónde iban y en qué lugar termina semejante red. Pero no hay duda que las construcciones subterráneas fueron ampliadas con posterioridad a la cita del texto bíblico.

A los exegetas que se pondrán iracundos por todas estas cuestiones les decimos que averigüen, entre otras cosas, cuándo se creó la institución intrínsecamente judía del *pagaré* que después reaparece airosa en la Venecia, Amberes y Amsterdam de fines del Siglo XV. No se lo diremos nosotros para que se pongan a estudiar que no les hará daño, pero clementes los incentivamos con una ayuda: ¿a qué *mesas de cambistas* (Mt. 21, 12) se refieren los Apóstoles en sus versículos que las vieron con sus propios ojos? (Mc. 11, 15; Jn. 2, 13).

Siguiendo con lo nuestro decimos que enterado de estos desmanes, aunque no de toda la verdad, el gobernador legado de Siria que era el procónsul Costio marchó de inmediato con una legión sobre Jerusalén, que era de su jurisdicción, para aquietar a los revoltosos.

Pero lo único que logró el romano con su presencia fue generalizar la insurrección y miles de judíos miserables, que mayoritariamente no pertenecían al campesinado y si a las clases menesterosas de los arrabales urbanos, hartos de la opresión de la clase sacerdotal, dieron el grito de *Edom*, acudiendo a combatirlo desde muy seguras fortificaciones por lo que debió retirarse hacia el norte antes de sufrir una derrota en el 68 dC.

Mientras tanto un grupo de judíos notables que pudieron huir de la matanza y descalabro inicial se habían ido a Roma formando embajada, y le contaron a la judería allí hospedada lo ocurrido, asociado al lamentable hecho de verse de la noche a la mañana completamente desplumados, y lo que era peor el Templo con los dos *Señores* adentro y en manos de judaizados, pero no de judíos, que, aunque parecido, no es lo mismo.

Por otra parte resultó que, como una buena parte del oro incautado por los disidentes campesinos y la chusma pordiosera, transformados ahora en muchedumbre incontable, era el que periódicamente mandaban los judíos extrayéndolo del sudor de la frente del pueblo romano a través de la usura, la ira se potenció hasta lo indecible.

La situación no era fácil. Un año y medio atrás, el 19 de julio del 64 para ser más precisos, Roma se había incendiado como después veremos. El desastre duró nueve días. Al cabo de ellos de las 14 regiones en que estaba dividida la ciudad, 3 estaban reducidas a cenizas, 7 a punto de desmoronarse y solamente 4 se habían salvado. Casualmente el barrio de los judíos (el *ghetto*) estaba dentro de estos últimos cuatro.

El pueblo romano hacinado en las afueras de la ciudad, en un descampado que llamaban Campo de Marte, hambriento y desprotegido de las inclemencias, le echó la culpa a los judíos: sea por el odio que les tenían o porque ellos mismos vieron a los *zelotes* con los hachos en la mano pegándole fuego a las viviendas como cuenta el Papa San Clemente que fue contemporáneo a estas desgracias.

Nerón llevaba por ese tiempo una década en su mandato, y había entrado en el plano inclinado de la decadencia, mostrando su administración síntomas severos de descomposición: el asesinato de Agripina, su madre (59) y de su esposa Octavia (62), o como aquella supuesta sedición que le costara la vida a Séneca, al poeta Lucano y a dieciséis más acusados de sospecha y el escandaloso asesinato a manos de los judíos del ministro Burro porque les había negado la ciudadanía griega.

En esta situación crepuscular brillaban dos figuras siniestras flanqueando al Emperador e influyendo sobre él de manera decisiva: su segunda y flamante esposa Popena (63) (que figura en todas las historias, guardándose de decir que se había hecho judía) y el pretorio Tigelino (que no figura en ninguna, porque como era mitad judío no debe saberse).

Efectivamente, Popena y Tigelino, una yunta uncida sin igual, se habían hecho fervientes judíos de mucho tiempo atrás y por tal situación alternaban la comunidad judía de Roma, tenían sus amigos y asesores judíos, concurrían a los oficios de la sinagoga capitolina y eran visitados por los rabinos que los asistían espiritualmente.

Fueron estos dos personajes los que convencieron a Nerón que el incendio de Roma fue provocado por los cristianos y no por los judíos, y los instigadores para que este mentecato desatara la primera persecución contra la Iglesia, que entraba así en la primera parte de lo que se llamó la *Era del Martirio*. Esta es la verdad y no la que cuenta Hollywood con sus actorzuelos de jopo y sexo dudoso y meretrices requintadas con pelucas de lana, coloradas las caras como si trabajasen en un horno de ladrillos.

Debe imaginarse el lector que aún no se había terminado de reconstruir la ciudad romana, basando ahora su planta y arquitectura en criterios urbanísticos griegos, cuando vino a ocurrir el grave incidente de Judea que hemos referido, provincia romana, con la pérdida de Jerusalén a manos de una turbamulta de andrajosos.

Pero los judíos, sin alternativa y alargándose tantos los días como sus penas porque no habrían de ver más al *Señor del Subsuelo* en particular, concurren a ver a Popea y al infame Tingelino: mas tuvieron que contarles la verdad sobre el oro, antes que la pérdida de las amadas Torah donde Esdras escribió sus novelas en cueros de carnero, presuntamente desaparecidas o cautivas, y que muy poco podían interesarles a los romanos.

La devota judía Popea, como cuentan que fue, y el criptojudío Tingelino, como dicen que era, llevaron el secreto a Nerón. De allí a que la noticia resultase semipública fue una cuestión de días. Que la codicia se despertase hasta en los más dormidos corazones, también. Que todos quisiesen ser socios de los judíos para ver, tocar y tener, aunque más no sea en la faltriquera a su amado *Señor*, una astillita o pepita de él, debió ser un solo coro, así como unísono el suspirar afiebrado. Enterado Nerón de la retirada de Costio hacia el norte (Siria) y lo del oro durmiendo en el sótano del Templo, dispuso que Tito Flavio Vespasiano invadiera a Judea desde el África al frente de un poderoso ejército (Ejército del Oriente), haciéndolo acompañar del otro Tito, su hijo, uno de los generales más jóvenes de Roma al que hizo venir de la Bretaña y de Trajano, padre de Marco Ulpidio, que después fuera emperador con este nombre.

Para que no hubiesen filtraciones del *Señor de Israel* por algún lugar no deseado, mandó el Emperador una poderosa flota que bloqueó todos los puertos de la Palestina.

La misión de Vespasiano era “salvar y recuperar” el Templo con el *Señor* subterráneo dentro, intacto preferentemente. Esto explica el largo sitio de Jerusalén y no fue, como se ha pretendido, por la heroicidad de los judíos que resistieron hasta el final. Los que soportaron esta terrible carga de hierro, fuego y muerte fueron los campesinos no judíos, que habían ido a buscar la riqueza de su trabajo arrebatado por la usura. Prueba de ello es que buena parte de las legiones represoras de Vespasiano estaban formadas por judíos exclusivamente.

Así lo cuenta amargamente el judío Josefo, el hijo de Matatías y después historiador de los judíos, que juntamente con Juan de Gissala *El Zelote* fueron los mandarines de los sublevados.

Este Josefo había vivido en Roma donde estaba muy bien relacionado, como buen judío que era, con los de arriba, los de abajo y de los costados. Allí lo encontramos como defensor de los judíos ladrones y homicidas deportados por orden del procurador Félix (en 64 después del incendio de la capital imperial). De Roma se dirigió a Judea cuando se enteró de la insurrección y cuentan otros que fue su verdadero ideólogo e instigador.

Josefo estuvo a cargo de la fortaleza de Jotápater en donde murieron 4.000 judíos. Pero a cierta altura de los acontecimientos ocurriole un milagro donde muy posiblemente haya intervenido el *Señor de Israel*: el hebreo se rindió a los sitiadores, recibió el patronato romano de Vespasiano, el nombre de la familia romana Flavia fundada por él, y se lo llevó el futuro emperador a vivir a Roma donde pasó a llamarse Flavio Josefo, se hizo historiador y vivió cómodamente en la riqueza (que la obtendría de los derechos de autor seguramente), hasta que entregó su alma a Dios o a Belcebú, que es lo que no podemos asegurar porque el cabalista que nos asesora está de vacaciones.

A cualquier otro infeliz los romanos lo habrían degollado por inercia, sin preguntarle nada. Pero a éste, cabecilla turbulento, el *Señor* lo protegió tanto que, distraído seguramente o por alguna nube que se le interpuso y no lo dejaba ver bien, se olvidó de proteger a los otros 4.000 desgraciados que estaban en su derredor defendiéndolo y murieron acuchillados sin remedio.

Cuando estas lindezas ocurrían, el Templo seguía tomado por los de la protesta campesina sin miras de claudicar. Por ello pensamos que, viendo esta tenacidad, el *Señor* les mandó una tregua a

los judíos para que leyeran el Talmud y sus sabias enseñanzas. Porque “la *Biblia* se parece al agua, el *Misná* (el *Talmud* de Babilonia) al vino y el *Gemara* (comentarios y explicaciones) al vino aromático. Del mismo modo que el mundo no puede existir sin la *Biblia*, sin el *Misná* y sin el *Gemara*” (*Masech Sopharim*, 13b). Así que ya saben los que andan leyendo la Biblia solamente: son rengos todos del mismo lado y no tienen toda la sabiduría que tiene un judío que se leyó los otros dos mamotretos complementarios.

Ocurrió que Nerón se había suicidado a fines del 68. A la muerte del anciano Galba, que llevaron a Roma a la rastra junto con su reumatismo desde su residencia en España, sobrevino una lucha entre el gobernador de la Lusitania, Marcus Silvius Oto (vulgo llamado Otón) y el jefe del Ejército de la Germania, Aulo Vitelio, enfrentados para dirimir quién se quedaría con la silla imperial. Pero el Ejército del Oriente, que estaba empeñado en la Judea, proclamó a su jefe, Vespasiano, nuevo emperador de los romanos (69).

En un informe de ese año a Vespasiano, el pensador romano Éufrates le decía lacónicamente: “Los judíos hace tiempo que están en rebelión no sólo contra Roma, sino contra la Humanidad.” (Philostratus, *La Vida de Apollonius Tyanaesus*). Lo que lo pinta como un cabal antisemita, perseguidor de esta buena gente.

Terminadas las hostilidades de esta guerra civil entre romanos y puesto Vespasiano en el trono Imperial, determinó que su hijo continuara con las operaciones para recuperar el Templo do moraba el *Señor Dios de los Judíos*.

Mostró Tito mucha más pericia militar que su padre: puso su ejército sobre el monte Moria y bloqueó todas las fortificaciones de la ciudad, las que fueron cayendo pausadamente, sea por hambrunas, sea por la espada.

Después de una heroica resistencia Jerusalén fue tomada (8 de septiembre de 70), pero persistieron las agresiones de grupos de fanáticos y vengativos *zelotes* que, formando guerrillas, hostilizaron a las huestes de Tito hasta que fueron vencidos y dispersados.

A tres años de rendida Jerusalén caería Masada a manos del general romano Flavio Silva. Era ésta una antigua plaza fuerte de los judíos en la ribera occidental del Mar Muerto, que había tenido su relevancia en los tiempos de Herodes Agripa.

Los revoltosos refugiados en la fortaleza resistieron el largo asedio con gran tenacidad, hasta que, sucumbiendo mayoritariamente por el hambre, los sobrevivientes se suicidaron antes de entregarse a los vencedores.

La ciudad de Jerusalén y sus murallas resultaron completamente destruidas. Sin embargo el Templo salió intacto de los cuatro años de refriega, tal como exigía la orden imperial y debía ser, puesto que allí habitaban nada menos que dos *Señores*, tan amados e importantes el uno como el otro.

Fue Tito quien dispuso su incendio y demolición del Templo quedando, sin saberse por qué, solamente en pie el muro oeste como ya hemos dicho y donde los judíos, llenos de unción, van a llorar todavía mientras de hamacan, sin que tampoco sepamos por qué.

Del oro depositado en cantidades industriales, ya que era el sustento de toda una economía, nadie comentó nada más ayer y menos en nuestro presente, cuando vemos a los historiadores que, en lugar de investigar, se han metido en las alcobas de los próceres como las comadres, para contar

supuestas intimidaciones sazonadas con alegres chascarrillos y diálogos prosaicos. A esta basura iconoclasta la llaman hoy *éxitos de librería*.

Pero como durante todo este tiempo, una parte de la escuadra romana mantuvo el bloqueo en la costa palestinese, pensamos que en estas naves de guerra, muy seguro, partió hacia Roma el noble metal sin que quedase una tenue polvillo que le recuerde.

Si esto fue así, tampoco sabemos a manos de quién o de quiénes fue a recaer semejante fortuna o si de él se hizo partija. Que se lo hayan llevado los romanos no es un fundamento para decir que terminó en sus manos, desde que suponemos los judíos los estarían esperando en la costa. Por otra parte muchos jefes de la escuadra romana y capitanes de sus buques eran hijos de judíos casados con romanas.

Sobre este montón de ruinas humeantes todavía, cimientos y cascotes de lo que se llamaba la *Ciudad Santa*, mandó Vespasiano se construyera un templo dedicado a la Diosa de la Paz.

Los judíos comprometidos directa o indirectamente en la lucha, así como los sospechosos a los ojos de la justicia, temerosos de ser prendidos o delatados por sus propios correligionarios, se dieron a la fuga con sus familias llevándose lo que tenían puesto y un par de sandalias de repuesto.

Una década más tarde (80), las ciudades mediterráneas de la vecindad seguían con la agraciada suerte y la distinción de recibir de a puñados a los *Hijos del Señor* prófugos de esta terrible contienda. Pero fue la costa septentrional de África la que albergó la mayor cantidad de estos refugiados desde Alejandría y Al Fustad, pasando por Fez hasta la Tingitania (Túnez).

Publio Cornelio Tacito, historiador romano contemporáneo a estos hechos (55 al 125), ha retratado en su *Historia* el pasado inmediato que le tocó vivir y describe lo que vio con sus propios ojos: “Las costumbres de los judíos son tristes, sucias, viles y abominables y deben su persistencia a su depravación. Para los judíos es despreciable todo lo que para nosotros es sagrado y para ellos es lícito lo que a nosotros nos repugna. Cuando los Macedonios tomaron el poder, el rey Antíoco procuró extirpar sus supersticiones e introducir los hábitos griegos para transformar esta raza inferior. Los judíos entre ellos se guardan una firme fidelidad, una piedad manifiesta; en cambio para los demás, tienen un odio mortal. Aunque es gente dada a la lujuria, se abstienen de mujeres extranjeras; entre ellos nada es ilícito. Los que abrazan su religión practican lo mismo, y lo primero que se les enseña es despreciar a los dioses, a olvidar el amor patrio y a renegar de sus padres, hijos y hermanos.”

Es larga la cita pero vale la pena. Hace casi dos mil años un hombre que los conoció personalmente, el *maestro de la elocuencia*, opinaba así de ellos. Si algún incauto suicida dijese hoy lo mismo por televisión sería quemado vivo y diseminadas sus cenizas al viento por antisemita, su nombre excluido del Registro Nacional de las Personas e incluido en los de algún zoológico.

Tácito también escribió los *Anales* (115 a 117) donde compendia el período que se extiende desde la muerte de Augusto hasta el suicidio de Nerón, que es un segmento de nuestro interés y por ello recomendamos su amena lectura. Allí también el magnífico autor del *Diálogo de los Oradores* se acuerda y no precisamente bien de los *Hijos del Señor*.

La llegada del mesías

Por el año 115, últimos del mandato del emperador Marco Ulpidio Trajano (98 a 117), se anunció en Palestina y los reinos vecinos una vasta insurrección de los judíos. En realidad todo había

comenzado por esos años con el judío Akiba ben Josef, un teólogo romano de los tantos que ha producido *Iesurín* (nombre cariñoso que dan los judíos a Israel), que un buen día se lanzó a predicar por todas las ciudades del imperio donde hubiese una comunidad hebrea.

Seguido de un buen número de secuaces de aspecto temible y provisto de una espléndida elocuencia, decía este personaje que él no era nadie, sino un humilde y simple enviado del *Señor* para anunciarles la pronta caída del Imperio Romano y la inmediata venida del Mesías que haría la revolución mundial de los judíos.

Dicen que las causas de esta predicación, y posterior levantamiento de los *ghettos* judíos de la diáspora, estuvo originada o fue una consecuencia de las terribles persecuciones contra los hebreos (y los cristianos confundiendo a los romanos con los judíos), que llevó a cabo Trajano después de su expedición contra los persas, que finalizó con la derrota del rey parto Cosroes para el dominio de Armenia (114), y la conquista de la Mesopotamia y la Asiria (113 al 117).

Simultáneamente la insurrección tuvo lugar en Egipto, norte de África, en Palestina, la Mesopotamia, en Sicilia, en la isla de Chipre, en Cirene y otras ciudades y colonias imperiales.

El primer acto hostil de envergadura por parte de los judíos alzados contra la autoridad romana fue la matanza de 220.000 griegos y romanos en Chipre (en el Mediterráneo oriental). El segundo fue la terrible carnicería ocurrida en Cirene (en la meseta de Pentápolis) de 240.000 griegos. Las cifras que levantan a 460.000 las personas masacradas por los judíos en muy poco tiempo, sin tribunales, ni leyes que lo dispongan, jueces ni defensa, ha sido proporcionada por el historiador Dión Casio, que es, según la crítica moderna, el mejor y más preciso de los que hubo en el Siglo III.

Aclaremos que cuando Casio escribía esto, lo hacía para sus contemporáneos que suponemos serían sus lectores. Y ellos sabían perfectamente que lo que les decía el historiador griego era verdad, porque así había ocurrido unas décadas atrás y aún estaban presentes muchos sobrevivientes de aquellos holocaustos que transmitirían estos espantos por la tradición oral.

Casio no escribió sus 80 libros para la posteridad como se nos antoja a nosotros, dejándonos patéticos al conocer las andanzas del *Pueblo Elegido* por el *Señor de Israel*: escribía para machacar la memoria de sus contemporáneos y despertar la de las generaciones inmediatamente posteriores a él.

Por sorprendente que fue el levantamiento no tomó desprevenidas a las atentas guardias romanas. Ellas pudieron aplastar rápidamente a los sediciosos en Cesárea, Alejandría, Damasco, Skalon, Hippos, Tiro y Ptolomais dejando una secuela de muertos y desterrados que emigraron hacia Occidente que lentamente se iba transformando en un increíble depósito de judíos.

Sin embargo la verdadera revolución no habría de producirse hasta los tiempos de Adriano, que sucedió a Trajano, después de que una apoplejía se lo llevase de este mundo, al regresar a Roma de la campaña de 117.

Dentro de este cuadro subversivo, un judío de nombre Simón, temible bandolero y asesino inclemente bajado con una turbamulta iracunda de las montañas, se apoderó de Jerusalén (132) dando muerte a todos los soldados romanos de la guarnición a pesar de la heroica resistencia que les ofrecieron, así como a todos los no judíos residentes en la ciudad, particularmente fenicios (Sirios) y griegos que hábilmente se habían hecho dueños del comercio local.

Instalado Simón en Jerusalén les confió a sus secuaces, terrible caterva de ladrones y asesinos como estamos viendo, una revelación que había guardado desde hacía tiempo: él era el Mesías que los judíos habían esperado por centurias y que había anunciado Akiba ben Josef mucho antes en sus encendidas peroratas itinerantes. Se hizo coronar como tal en Bethar, parte alta de Jerusalén, ante la presencia del patriarca ben Josef que ya se había instalado en la ciudad para corroborar la impostura y para que nadie más tenga dudas.

Coronado y esplendente tomó el nuevo Mesías el nombre el de Bar Koseba, que en idioma siríaco quiere decir *Hijo de la Estrella*, porque cuando nació había aparecido una estrella en el firmamento, que no sabemos cuál fue, si es que todavía está, de los millones que hay. Asimismo cuentan de otros prodigios ocurridos en el natalicio del bandido, como que florecieron las higueras, que las aves volaban de espaldas, que cuando era niño a un silbido suyo concurrían todas las avejillas del campo a posarse sobre sus hombros para que él les diese de comer de lo bueno y tierno que era, que a un chasquido de sus dedos se secó el Mar Muerto, y cosas por el estilo que cuestan repetir).

Este Bar Kosebas (Barcokebas o Barcosebas), estableció una especie de gobierno en Jerusalén, e hizo acuñar moneda en cuyo anverso se leía su propio nombre y en el reverso una leyenda que decía "*Libertad de Jerusalén*", de las cuales aún se conservan algunas en los museos romanos y en el del Vaticano que es, sin dudas, el mejor de todos.

En la Nueva Jerusalén se formó un Consejo Revolucionario, con amplios poderes que nos hace recordar a los formados siglos después en Francia (1789), España (1809, 1933), Rusia (1917) y otros países (Cuba 1959, aunque de un marrano) por ideologías formadas, precisamente, por otros judíos. Una casualidad que no debe tenerse en cuenta.

Una de las primeras medidas de este Consejo fue enviar unos sesenta emisarios a todos los rincones del Imperio con la misión de incitar a las poblaciones judía a unirse a la rebelión. A su vez, cada uno de ellos, estaba facultado para que en determinado momento de exaltación de los incautos se declarase como Mesías para establecer el dominio universal judío y su salvación eterna.

La noticia de la llegada del Mesías fue motivo para que miles de judíos de la Palestina y de la diáspora concurrieran a ver a este portentoso venido del cielo. El fuego de la rebelión contra Roma se extendió rápidamente, y a los pocos meses más de 50 plazas fortificadas y 950 pueblos y ciudades cayeron en poder de los judíos donde se produjeron matanzas espeluznantes sobre los no judíos que ellos llaman genéricamente paganos.

El gobernador de Judea, que era Tito Ancius Rufus, salió al encuentro de esta turba enardecida, pero a poco de andar se dio cuenta que era imposible contenerlos y pidió ayuda a Roma.

Enterado de estos desmanes Adriano mandó a llamar a Julio Severo, el mejor de sus generales, que a la sazón se encontraba prestando servicios en la Bretaña como había ocurrido con Tito en la insurrección anterior.

Marchó Severo sobre Jerusalén haciendo converger sobre el objetivo distintas legiones acantonadas en provincias vecinas. Jerusalén cayó rápidamente pero Bar Kosebas pudo huir hacia la fortaleza de Bethar, donde se preparó para la defensa. Reuniendo todas las legiones Julio Severo concurre al lugar. Sin embargo la resistencia judía fue tan tenaz que se tardó tres años en hacerla rendir (133 a 135) y apoderarse de la ciudad aledaña a la fortaleza.

La rendición tuvo lugar en el 135, en el mismo día del aniversario del incendio del Templo por Tito unas seis décadas atrás. Durante el asalto final murió Bar Kosebas a manos de un soldado raso que lo reconoció, a pesar de que el Mesías se había disfrazado de mujer vendiendo rosquillas en la calle, cortándole la cabeza para entregársela a Julio Severo como obsequio.

Debidamente alcanforada la cabeza, con la boca, los ojos y las orejas cosidas según la usanza y dispuesta en una soberbia caja de cedro forrada de paño púrpura fue enviada a Adriano en Roma como testimonio de la victoria. Su cuerpo fue varias veces aserrado y repartidos los trozos como presente entre todos los príncipes y gobernadores que habían sufrido la agresión del Mesías y su banda mesiánica.

El Patriarca Akiba ben Josef, verdadero ideólogo mesiánico de este desastre, huyó del asedio de Bethar previo pago de un soborno. Pudo ocurrir esto porque los sitiadores romanos no lo conocían en realidad y lo tomaron como un judío cualquiera y, además, porque era un anciano macilento entonces (murió al poco tiempo de 120 años), como para suponerlo un subversivo peligroso que se daba a la fuga. De Jerusalén se fue a Cesárea y tuvo la desgracia de ser reconocido en una calle cuando pedía limosna fingiendo ser un tullido. Lo ejecutaron por el hacha al día siguiente a pesar que les decía que él era un enviado del Mesías. Su cabeza en salmuera fue enviada a Julio Severo, que se supone la habría enviado a Adriano en Roma, y su cuerpo esparcido en pedazos como el de Bar Kosebas a manera de presente entre todos los damnificados.

Enterado en detalle Adriano (136) de lo que había pasado por los informes escritos de Julio Severo y de los inquiridores romanos que afinaron la punta del lápiz en las actuaciones sumariales, ordenó arrasar a Jerusalén y la dispersión de los judíos por el mundo con prohibición expresa de regresar bajo pena de muerte. Entre los escombros de la *Ciudad Santa*, Adriano ordenó construir la ciudad que se llamó *Ælia Capitolina*, Colonia *Ælia*, o simplemente *Ælia*: a ella estaba prohibida la entrada de todo judío y aún más, no podían tan siquiera dirigirle la mirada. A partir de esta fecha Judea pasó a llamarse provincia Siria-Palestina.

Dice el Talmud, siempre lleno de sabiduría, que “Dios se arrepiente de la expulsión de los judíos por otro motivo más. Cada día hace caer al mar dos grandes lágrimas que producen tal estrépito que se oye en todo el mundo, o incluso los terremotos son producidos a causa de estas lágrimas.” Que diga el lector si este no es un bello párrafo. Gracias a él ya sabemos en qué se entretiene el *Señor de Israel* cuando los judíos andan de fechorías, debiendo ser ésta la causa por la que siempre está ocupado y en ocasiones los desatiende. Tan gordos deben ser estos lagrimones divinos que hasta un devastador diluvio provocaron, cuando no esas inundaciones que tenemos ahora que le hacen salir escamas a las vizcachas. Asimismo tomen nota los sismólogos, por cuanto ya se sabe por qué ocurren los terremotos y mueren tantos *goim* en ellos.

Refieren que fueron 580.000 los judíos muertos entre los combatientes de la campaña y los ajusticiados después de la rendición de Bethar. Otros dan cifras espeluznantes que rechazamos por fantasiosas o exageradas.

A los restantes se los esparció por los países de occidente en particular, aunque nadie puede asegurar que fue para castigo de los que de buena fe los hospedaron. Parece que en España los diezmos por el emperador Flaviano arribaron masivamente a Murcia, donde se supone ya existía una colonia judía que fuera refugio de Herodes Antipas y su mujer Herodías en el 39 dC. cuando huyeron de Lyon, lugar de su destierro, con un hilo de la pata.

No piense el lector equivocadamente que por el rigor con que Adriano azotó la sublevación judía, los restantes judíos esparcidos de antes por el mundo habitable y donde constituyeron verdaderas

minorías dentro de cada estado, escarmentaron y la pasaron sufriendo y gimoteando como a ellos les gusta que los tengan y pinten. De ninguna manera.

Tal diseminación poblacional aconteció en el norte africano y en toda la Europa meridional y particularmente en España donde su número creció geométricamente por los decretos de Adriano. Es decir, no debe pensarse que por estos horrores cometidos por los judíos escudándose en su libertad e independencia, perdieron sus fortunas y el predicamento que se habían ganado entre los poderosos. No. Las alevosas ignominias que debieron valerles la universal y definitiva condena, pasaron al desván de los recuerdos donde moran hasta no saberse cuándo.

Conocido es el hecho de que con Caracalla (Marco Aurelio Antonino Besano) gozaron de su privanza y protección muchos judíos (211 al 217) y fue este emperador el primero en concederles, por el edicto que lleva su nombre, la ciudadanía romana. También es sabido que cuando Marco Aurelio Alejandro Severo (222 al 235), al erigir el templo a todos los héroes y deidades en su falacia de favorecer cierto sincretismo religioso, incluyó entre los dioses del politeísmo a Abraham y Moisés a cuyos íconos los romanos les llevaban sus rezos, flores y velas diariamente. Sin contar el hecho de ser un reconocido protector de los judíos a quienes prodigaba un trato lleno de consideración y dulzura. El hecho no era nuevo: ya Popea había inaugurado esta abominación con el aplauso de los judíos, abominadores consuetudinarios, según ellos mismos lo cuentan.

Se olvidaba el emperador tendido en su poltrona palaciega, rodeado de sibaritas, meretrices y eunucos sodomitas, que esos mismos judíos fueron los que inmolaron injustamente a miles de nobles soldados romanos y griegos. Ellos entregaron sus vidas desinteresadamente. Murieron por el único delito de mantener bien alto el nombre del Emperador, de la Patria que los vio nacer y de la Centuria a que pertenecían, que es como el hogar y la alegría del buen soldado. Así les fue a estos pervertidos gobernantes de la decadencia: ochenta años después Roma sería una sombra.

SEGUNDA PARTE

LOS JUDIOS EN EL MEDITERRANEO

“ ¿Qué virtudes o qué vicios valieron al judío esta universal enemistad? ¿Por qué fue a su tiempo igualmente odiado y maltratado por los alejandrinos y por los romanos, por los persas y por los árabes, por los turcos y por las naciones cristianas? Porque en todas partes y hasta en nuestros días, el judío fue un ser insociable. Porque jamás entraron a las ciudades como ciudadanos sino como privilegiados. Querían ante todo, habiendo abandonado la Palestina, permanecer judíos, y su patria era siempre Jerusalén. Consideraban impuro el suelo extranjero y se creaban en cada ciudad una especie de territorio sagrado. Se casaban entre ellos; no recibían a nadie (...) El misterio de que se rodeaba excitaba la curiosidad y a la vez la aversión.” B. Lazare, L’Antisemitisme, Tomo I, pp. 43 y 74, Ed. Jean Crés, París

La ocupación judía del Canaan

Es posible que mientras los hebreos se dedicaban a cuidar sus rebaños en el pequeño territorio ribereño de Ramesés, regalo del antiguo Faraón a Jacob y *primer ghetto* judío de la historia (suponiendo que haya existido uno solo), más al norte, en las costas de la que después sería la *Tierra Prometida* por el Señor y siguiendo por ellas hasta Sidón, Biblos, Arados, Beirut y Ugarit llegando a Kachemish y Tarso, pasando por la populosa Tiro que ejercía la hegemonía sobre todo este colosal emporio, se encontraban dispersas desde el Siglo XVIII aC. ricas y populosas *ciudades-estados* con magníficos puertos en manos de un *pueblo descendiente de Canaan*.

Este pueblo que ya entonces había elaborado su propia religión, cultura y artes, era un trabajador incansable, amante de la paz porque sus industrias eran volcadas al comercio con las otras naciones, fueron navegantes insignes antes que todos, creadores de la logística como conjunto de métodos y medios relativos a la organización de una empresa, inventores de la banca y el crédito precediendo al resto de las naciones, hacedores de la acuñación de moneda como circulante, inteligentes, organizados y progresistas. Ellos pasarían a la posteridad llegando hasta nosotros con el nombre genérico de *fenicios*.

Estos hombres asombrosos, por las proezas que de ellos cuentan las tradiciones orientales y los estudios históricos que los han seguido metódicamente, sostenía relaciones desde hacía mucho tiempo por sus transacciones, en las que fueron singularmente entendidos y aventajados por la navegación, con regiones litorales de Egipto, nación que como los judíos terminó ocupando sus ciudades militarmente, con el Asia Menor, con puertos de la costa oriental del Mediterráneo y algunas otras, ya más distantes, del contorno marítimo de la Europa oriental.

Además la Palestina era uno de los principales puentes del mundo antiguo para el comercio entre las ricas comarcas del norte y del oeste con las de las llanuras del Nilo y su delta, tanto como lo fue Babilonia aunque en menor grado. El trayecto que las unía se llamaba Ruta de los Filisteos y estaba jalonada por una serie de manantiales y fortificaciones que eran los lugares de tránsito y descanso obligado de las caravanas y peregrinos.

Es viable conjeturar también que Moisés en sus correrías, puesto que su vida nos es enteramente desconocida desde que fue adoptado a los tres años por Termutis, la hija del Faraón (que le dio el nombre que usamos, ignorándose cuál era su nombre judío, así como desconocemos por qué los judíos lo siguieron llamando luego por su nombre egipcio que bien visto sería como un estigma para él), hasta su reaparición a la edad de cuarenta como prófugo de la justicia por la comisión de un homicidio, denunciado por sus mismos compatriotas judíos entre los cuales fue a buscar cobijo, haya visitado personalmente y con anterioridad, esta región de la costa cananea deslumbrándose con su opulencia.

Puede ser que fuera llevado allí en las campañas militares como cuentan unos, aunque es poco probable que haya servido como soldado siendo un tartamudo como él mismo lo dice (Ex. 4, 10); por su huida desesperada como criminal consciente de ser un pervertido, al que después en sus códigos dice que hay que matar sin conmiseración (Ex. 21, 12 y 14). Sin embargo, y con el correr del tiempo, Moisés hubiese sido perdonado por este crimen y blandida su imagen como la de un héroe justiciero, tal como lo dice el Talmud: “Si un *goim* golpea a un judío debe ser muerto” (Sanhedrin 58 b).

Es posible que el Patriarca se haya tentado de visitar la región al escuchar los comentarios que de este emporio se hacían en las tabernas y tugurios de los puertos y antros de las ciudades, lugar común y refugio natural de todos los alcahuetes, perseguidos y bandoleros.

No ha faltado alguien que dedujo la posibilidad de que Moisés *haya vivido cierto tiempo entre los fenicios más que haberlos visitado circunstancialmente* (léase el *Moisés*, extraño libro del judío Segismund Freud, desconocido aún por sus prosélitos y escondido a los ojos del profano). Allí habría estudiando sus pueblos y ciudades, su geografía y costumbres, la estructura de gobierno y el comercio, sus caracteres individuales y sociales y sus movimientos diarios, como parte del plan que ya estaría pergeñando.

No sería extraño que en su estela haya dejado tras de sí una pléyade de amigos (tal vez judíos infiltrados dentro de la comunidad fenicia de tiempos pretéritos, fenicios conversos que los hubo,

traidores simpatizantes de ellos o todos juntos a la vez), que después ayudarían en el latrocinio, como el extraño caso de la meretriz Rajab que es imposible de entender.

En las idas y venidas de Moisés por el triángulo geográfico que forman el divagante Medián árabe donde residía su esposa *cusita* mezclada con las tribus semitas rastreadoras de pasturas y errabundas del desierto, la Fenicia donde moraba su corazón y conciencia de envidioso resentido y el Egipto, siempre refugio y aliado incondicional de los judíos en esta parte, que era, supuestamente, su tierra natal y la de sus ancestros después de todo, y de la que jamás se desprendería totalmente (Gén. 4, 18) hasta el famoso éxodo, debió adquirir conocimientos asombrosos.

Por este peregrinar incesante de veinte o más años, el asesino de un oficial egipcio por la espalda con ocultación deliberada del cadáver, devenido luego en *Dios, Profeta y Patriarca* en este orden, terminó siendo un experto conocedor de la desolación llamada Sinaí, o más completamente de la región que Tolomeo llamaría en su ciencia la *Arabia Pétrea* (excluyendo el actual Heyaz).

Buen observador, educado por disposición de Termutis en las *ciencias cabalísticas de los magos* (protoplasma de la después *kabbala judía*), no pasó por alto los detalles de aquel clima desértico, flora, fauna y, muy particularmente, de aquellos fenómenos que por serles propios a la región aún se verifican como, por ejemplo: flujos y reflujos de las mareas, formaciones nubosas (aeromancia), la generación de tormentas en el desierto (ceraunomancia), vientos, las trazas que la lluvia deja en el terreno y la forma que toman los cuerpos (geomancia), las vertientes y ojos de agua que tiene toda topografía montañosa (pegomancia), los vuelos de las aves migratorias (heteromancia), lo de las codornices (oomancia y zoomancia), y otras *mancias* que, por serles desconocidas, maravillaron a los judíos de aquel entonces (llevando, según los judíos, en la mano “el bastón de Dios” e investido del poder de hacer prodigios, Ex. 4, 3-4; 6-9; 20-21 y 30-31).

Estos hebreos sedentarios, ahora trashumantes a la fuerza, habían sido criados en las llanuras de Egipto y desconocían los fenómenos naturales de los países montañosos.

Hallazgos arqueológicos más o menos recientes y estudios sistematizados sobre ellos han determinado que Ramesés no fue la única colonia judía que existió en Egipto. Hasta ahora se han descubierto once asentamientos hebreos pero se ignora su totalidad. Al parecer algunas fueron urbes progresistas y la encontrada en Elefantine, por ejemplo, tenía un templo dedicado a Jahos (Jahvé), de donde se deduce que el templo erigido en Jerusalén del que da cuenta el Antiguo Testamento no fue el primero que se levantó para alabar su *Santo Nombre*.

Pero como a su vez los judíos errantes fundaron colonias en el Eufrates y el Tigris en distintas edades, o se aprovecharon de las ya existentes, no sabemos después de lo de Elefantine y cabalmente, cuántos templos erigieron para honrar al *Señor de Israel*. En realidad a diferencia del Código de la Alianza (Ex. 20, 24) que autorizaba la construcción de santuarios en cualquier lugar, la legislación deuteronómica (Esdras) consideraba legítimo y único al Templo de Jerusalén como una forma, según dicen, de preservar al pueblo de toda contaminación pagana.

Además, los judíos como antiguo pueblo de raigambre pastoril, nunca habían levantado sus ojos de las ovejas ni avivado el seso más que para cortar ladrillos, juntar paja y fabricar modestos útiles y objetos domésticos, resultaron fatalmente maravillados por los portentos que observaban en las montañas. El *rumor sobre los gigantes* (Núm. 13, 33 y Deut. 2, 10, 20-21), que se expandió entre los israelitas al ver las murallas de las ciudades fortificadas de la Cananea, nos hablan claramente de la inocencia y nivel cultural de este pueblo: ellos creyeron que tales muros habían sido construidos por hombres de estatura ciclópea.

Como tan maravillados resultan hoy en día los ignorantes ante los modernos impostores con micrófonos que hasta los hacen gemir en los estadios deportivos, aunque estos incautos no cuidan ovejas ni cortan ladrillos, pero ven televisión que es mucho peor para el caletre.

Más adelante le aparecerían los secuaces como su misterioso *hermano* Aarón, mayor que él en tres años, levita y elocuente profeta traductor de lo que decía el caudillo con su lengua medio agarrotada.

Porque Dios se vale en este pasaje de Aarón (como un profeta) para que transmita al Faraón primero y a la gleba sudorosa después, todo lo que él le dice a Moisés (como un Dios), pensando nosotros que es toda una complicación, porque siendo nada menos que Dios le hubiese sido más fácil arreglarle la lengua al tartamudo como él mismo lo dice en Ex. 4, 11 (como hizo con Zacarías, el padre de Juan *El Bautista*, que habiendo quedado mudo por descreído y de repente, lo hizo cantar el *Benedictus*), o bien elegir algún otro de los casi tres millones de judíos que tenía en Egipto sin esta dificultad para el logro de sus fines.

Pero Aarón, es un hermano inventado a todas luces para que no parezca injertado y haciéndolo más digerible se le da la primogenitura en la descendencia familiar. Sería él quien compartiría con Moisés nada menos que la Carpa del Encuentro donde les hablaría *el Señor de Israel* misteriosamente, sin dejar que la pléyade gemebunda le viese un cordón de su sandalia, y seguiría con la misión hasta después de su muerte. Un personaje, en fin, de *quien las escrituras no dicen una sola palabra hasta su sorpresiva aparición* en un ignoto lugar, de un ignoto desierto, que tiene el ignoto nombre de *la montaña de Dios*.

Nada se sabe efectivamente acerca de su nacimiento, de su supuesta edad de 83 años, ni de su origen, ni siquiera sabemos si realmente era judío como el mismísimo Moisés que fue acusado de etíope (Núm. 12, 1), a pesar de la interpuesta genealogía bíblica que está en abierta contradicción con lo que se dice primeramente sobre el nacimiento de Moisés, detalle que se le escapó al hagiógrafo cuando *el Señor* le dictaba esta versión novelada. Resulta así y veramente que el susodicho Aarón aparece como un auténtico hongo después de la lluvia.

Un antecedente desconcertante

La posibilidad de que Moisés y Aarón hayan sido negros africanos (raza *hamítica* o *etiópica*) como lo reclaman los judíos *falacha* o *falasha* de Etiopía, causará horror en el lector y le sucederá un ataque de nervios.

Pero si recordamos que en el período anterior al éxodo y hasta Esdras, propiamente dicho, que funda una nación endogámica y de selección por crías (completamente contraria a lo prescripto en Lev. 18), estaban expresamente autorizados los casamientos de judíos con egipcias, concluiremos rápidamente que una cantidad, no precisamente minoritaria de los del éxodo, *fueron negros, mulatos y cuarterones*. De estos descendientes habla Moisés cuando dice que no serán admitidos hasta la tercera generación dentro de la comunidad sanguínea (Deut. 23, 9).

La sospecha de un Moisés etíope (*etíope* quiere decir *gente de tez parda*; Isaías dice que eran de *tez bronceada*) se acrecienta al saber que su esposa Siripora (la que apartó a Dios con un prepucio, Ex. 4, 24-26) era de Cus (Núm. 12, 1), nombre con que era conocida una parte de la actual Etiopía en aquella edad y, en consecuencia serían negroides también. Los exegetas comentan que Cus pudo haber sido el Medián (Hab. 3, 7), porque no leyeron a Isaías (Is. 18, 1-2). Pero nosotros sabemos que geográficamente estas dos regiones son tan diferentes como inconfundibles: Cus (o la Etiopía de la Antigüedad) en tiempos bíblicos eran los vecinos sureños de los egipcios y comprendía los países de Nubia, Abisinia y Darfur entre otros, y el Medián era la comarca norte de Arabia. Es

común, nos ha dicho un antropólogo que sabe, que Etiopía esté lleno de etíopes. Al parecer igual fenómeno se da en Arabia que está llena de árabes.

Que entre las tribus *medianitas* hayan existido comunidades *casuitas* y viceversa, es lo más normal y por ello probable, pero no es para sembrar semejante confusión. Puede ser también que haya *árabes etíopes*, es decir *árabes de tez parda o negra* como los vemos hoy en día.

En ese caso se ha confundido un adjetivo calificativo (*etíope*) con un gentilicio (*etíope*), lamentando nosotros que suenen y se escriban igual pero son distintos en su aplicación gramatical, como nos ha enseñado el jesuita que teníamos como maestro de gramática en tercer grado y nos hacía repetir las reglas mezclándolas con los Padrenuestros.

Asimismo hemos podido verificar que antiguamente se aplicaban a numerosas razas el nombre de *etíopes* (negroides). Pero en este caso concretamente la mujer de Moisés era de Cus, que aparte de etíope era de la vieja Etiopía.

Pero el texto bíblico nos atrae en esta parte con un par de cuestiones que no hemos podido resolver. Por un lado las murmuraciones de Miriam con Aarón sobre la mujer de Moisés, que el mismo texto reconoce que “en efecto, se había casado con una mujer de Cus”, provocan la indignación de Dios que castiga a Miriam por decir la verdad, cubriéndola de lepra pero no lo hace con Aarón, que era socio en el comentario demoledor. Por el otro, y repentinamente, casi fuera de contexto, dice la escritura que “Moisés era un hombre muy humilde, más humilde que cualquier otro hombre sobre la tierra” (Núm. 12, 3).

Miriam decía la verdad y por ella fue inmolada. Decía lo que estaba viendo objetivamente. La prueba es que Aarón, nada menos, no le hizo ningún reproche a sus dichos porque él era, probablemente, de igual estirpe y conocía muy bien a Siripora, a Gersón hijo primogénito de Moisés con ella, a Reuel, sacerdote del Medián, su padre, a sus seis hermanas y a los restantes miembros de su familia de muchos años atrás, cuando comenzó sus andanzas con aquel fugitivo. Respecto a la “humildad” de Moisés nosotros creemos que es la forma encubierta con que el hagiógrafo nos dice que Moisés era de raza etíope (negro o negroide). De otra manera no se entiende este versículo completamente descolgado del tema central del capítulo y lo que de él sigue.

En los tiempos en que Isaías pronuncia su oráculo (alrededor del 705 aC.) reunido en Is. 18, 1-7, se había producido la muerte del rey Sargón II de Asiria. En esos años un faraón de origen etíope se había adueñado de todo el Delta del Nilo e intentó formar una vasta coalición con los pueblos vecinos, entre los cuales se encontraba Judá, para luchar contra el poder asirio. Las encomiosas palabras del profeta en su augurio no hacen más que refrendar las buenas relaciones que siempre existieron entre los judíos y los etíopes y, dentro de ellos, con los *falasha*. Compare el lector el Is. 18 con el siguiente, Is. 19, para concluir de qué lado estaba el corazón del profeta.

Por otra parte en Núm. 11, 4 se habla de una *turba de advenedizos* que acompañaron a los judíos cuando salieron de Egipto, como *multitud heterogénea* (Ex. 12, 38). La presencia de estos *extranjeros* (calificación que le dan los exegetas bíblicos y no los cronistas judíos), pone en evidencia que los israelitas no constituyeron en el desierto un grupo tan homogéneo, hablando racialmente, ni tan organizado como lo presenta la tradición *sacerdotal* judía.

Rememoramos de paso que hasta Esdras no existía una tipología primigenia, especial y característica para el pueblo judío. Los habitantes de la Palestina que evocan las pinturas egipcias se acercan más al tipo *semitico armenoide* antes que al judío que actualmente conocemos o que nos ofrecen las memorias sepulcrales (Roma, Nápoles, Siracusa y las pinturas contemporáneas de la sinagoga de Dura Europos). Los judíos que visualizaron los artistas egipcios, y que podríamos considerar puros con poquísima imaginación, son individuos de rasgos mongoloides, cabellos renegridos y ondulados, barba crespa y abundante, piel parda casi oscura y de regular estatura.

Sobre esta base racial se habrían efectuado los sucesivos cruzamientos con negros, árabes, persas, asirios y griegos, hasta llegar a una constitución fundamental hereditaria o *genotipo* que es el seleccionado por Esdras a través de los matrimonios traídos de Babilonia, para fundar la sociedad endogámica que en más de 100 generaciones (unos 2.000 años), ha arrojado al mundo un judío diferente, con características tan propias que hasta hay enfermedades que las padecen mayoritaria o exclusivamente los judíos.

Tales afecciones son: las talasemias (anemia del Mediterráneo o de los judíos), la enfermedad de Crohn (o mal de los judíos), la miopía, las leucemias (que son casi el doble de frecuentes que en cualquier otra raza), la mancha mongólica (que desaparece después de los once años), las venéreas (mucho más abundantes en los judíos como endemia, aunque ellas están relacionadas con los hábitos y el entorno social), malformaciones óseas (pie plano y escoliosis), y afecciones psíquicas (las *neurosis* era considerada a principios del Siglo XX como característica de los judíos junto con las *psicosis*). Las patologías sexuales son el doble de acostumbradas en los judíos que en otros conjuntos y, entre ellas, la bisexualidad. Pero se desconoce si estas perversiones son hereditarias. Sin embargo existen enfermedades como la tuberculosis que son muy raras entre los judíos.

Muchas de estas dolencias y trastornos son compartidas por los judíos con individuos de raza negra, particularmente como es el caso de las talasemias, y asiáticos (caso de las talasemias y de las patologías oftálmicas y sexuales), lo que confirmaría la ascendencia racial que hemos supuesto.

Decíamos que este antecedente egipcio o etíope ha quedado plasmado indeleblemente en los caracteres negroides de los judíos que han subsistido en sus cabellos y barbas, en algunas particularidades de sus rostros como el grosor de sus labios (habitualmente el inferior) y la implantación y forma de los ojos y orejas. Son estas características negroides del judío las que más los diferencian del resto de razas europeas. Aclaremos que no estamos refiriendo genéricamente a los actuales *sefardíes* y no a los judíos *ashkenazi*, etnia mayoritaria y dominante entre ellos en la actualidad y cuyo origen no tiene nada que ver, como veremos más adelante, con los judíos provenientes de la Palestina o *autóctonos* para llamarlos de alguna manera.

Siguiendo con nuestro relato decimos que es la tierra cananea la que, en la envidia judía los hace delirar diciendo que *mana leche y miel*. No es otra cosa que la expresión metafórica de la riqueza construida a través de los años, de paciencia y sacrificios por los fenicios y sus vecindados que prosperaron a la vera de su economía floreciente.

Tampoco se conoce por qué cierto día *el Señor* dispuso, como un antojo, que esa fuera *la Tierra Prometida* para la niña de sus ojos y no otra que las había tantas, tal vez mejores, más ricas y con menos problemas, así como nadie puede explicar por qué *el Señor* los eligió como *Su Pueblo* y "*su propiedad exclusiva*", de entre tantos pueblos que él mismo había creado por amor según nos han dicho, a este torrente de malhechores llenos de envidia, barbarie y de codicia por lo ajeno.

Muerto Moisés a las puertas de la *Tierra Prometida* por causas naturales, según la tradición bíblica porque era más que octogenario, o asesinado a puñaladas en una sublevación por la hegemonía en el mando, como sospechan los mismos historiadores judíos que nosotros no vamos a desmentir, fue sucedido por su predestinado (Deut. 27, 18-20) lugarteniente Josué (Deut. 34, 9), con la Ley prescripta (Deut. 32, 45-46) bajo el brazo y la ayuda de los hijos Aarón como garantía (Ex. 29, 44-46).

Instigados los judíos por *el Señor* para cometer la depredación y con su invalorable ayuda divina que hasta hizo detener al Sol, consumaron la hazaña de tomar por las armas la antigua tierra, asesinando a mansalva a sus pobladores, sometiendo a la esclavitud a otra cantidad considerable de inocentes que por desprevenidos no pudieron escapar, dispersando a una mayoría que superaba en

número y holgadamente a todo el *Pueblo de Dios* y saqueando sus pertenencias sin que se salve un alfiler.

El éxodo fenicio

Aterrorizados, como relata el mismo texto judío, los viejos moradores de las ciudades y los pacíficos colonos cananeos circunvecinos, se replegaron principalmente hacia las ciudades y pueblos del norte, casi todas ellos ribereños porque el fenicio, como ya se dijo, era un pueblo de navegantes y allí estarían seguramente sus afectos ancestrales y los quehaceres para sobrevivir.

Sin embargo los extrañados habrían de encontrarse con un gravísimo problema: las ciudades a las que migraron en busca de protección estaban tan superpobladas que solamente pudieron absorber una parte de los refugiados, por lo que la gran mayoría quedó hacinada en los arrabales urbanos, en los puertos y campos aledaños a la intemperie y completamente desamparados.

No tardaron en aparecer el hambre y las enfermedades en estos improvisados asentamientos. Ignorándose cuántos miles de estos infelices sucumbieron en terribles agonías en una inmolación injusta para que el *Pueblo del Señor* tuviese la *Tierra Prometida* a Isaac y Jacob (contrasentido fue que siendo de ellos y amándola entrañablemente, habrían de ingeniársela para no vivir en ella).

Como los fenicios no tenían la suerte de los judíos de tener *al Señor* de su lado para que les dijese al oído lo que había que hacer o que les regalase una tierra que *manaba leche y miel*, decidieron, sin alternativas, emigrar formando colonias en lugares allende el mar, donde antes se habían presentado solamente de paso y como traficantes. Pero las inmensas moles de agua interpuestas entre ellos y los judíos no serían impedimento para que la dulcamara hebrea los siguiese y pronto estuviesen a su lado nuevamente, viviendo y compartiendo su riqueza y su prosperidad.

A la próspera tierra cananeos que los había visto nacer y de la que fueran despojados, los israelitas la transformaron rápidamente en los pedregales que manaban odio, sangre, rencor, lágrimas, asesinatos y guerra con los vecinos, como hemos visto en la primera parte, y al *Señor de Israel* lo trocaron por los dioses del politeísmo fenicio, matizado con aquel becerrillo de oro que entre los judíos tuvo centurias de buena salud (cuando no estuvo en altares permaneció en las casas cambiándole siempre de nombre); es decir, los mismos dioses caldeos que sirvieron como pretexto para masacrar, esclavizar y expulsar a los fenicios cananeos. Este es el *Pueblo Elegido* que hizo *alianzas* con el *Señor* y el *Señor* con ellos, sin que ninguno de los dos se cansase de hacerlas.

Así llegaron estos fenicios expulsados, desheredados, como verdaderos parias hasta el portal mismo del *Mar Tenebroso* en las *Columnas de Hércules* (los montes Calpe y Abila que constituyen los puntos extremos de Africa y Europa), que se creían entonces los postreros términos de la tierra habitable.

Antes se habían derramado por Chipre, la Fócida y más allá de lo que después se llamaría la Grecia Asiática, llegando por el oeste del Mediterráneo a Sicilia, Cerdeña, la costa norte de Africa y a la isla Eritya o Eritrea (tal vez la Santi-Petri que hoy está parcialmente sumergida), en frente de las costas españolas a las que pronto abordarían.

En su *Libro de la Guerra* (de los vándalos), cuenta el historiador bizantino Procopio, principal recopilador de Justiniano I, famoso por su exactitud e imparcialidad historiográfica, que encontró en Tánger (la antigua *Tingi* de los fenicios, en Marruecos frente al estrecho de Gibraltar), una inscripción fenicia que parece no dejar duda acerca del arribo de estos fugitivos a aquella parte de la costa africana en la época a la que nos estamos refiriendo.

Esta inscripción decía: “*Aquí llegamos nosotros* (los fenicios) *huyendo del ladrón Josué hijo de Naue.*” (Procopio, Libro II, Cap. II). Como se sabe Josué era hijo de *Nun* o *Naún* y de allí lo de *Naue*, el mismo que de antes de iniciar sus sangrientos malones contra los indefensos pobladores

fenicios había sido ayudante de Moisés y su mano derecha, dejando para los judíos que diriman si él fue o no el cabecilla de sus homicidas junto con los hijillos de Aarón.

Como los sucesos relatados, coincidentes con la inscripción hallada por Procopio, se remontan a unos quince siglos antes de la Era Cristiana según nos dice la Arqueología, resulta que desde hace nada más de treinta y siete siglos que a los judíos, que es el *Pueblo del Señor*, los vienen llamando *ladrones*. De donde resulta a su vez que Procopio, Justiniano I y los fenicios, fueron todos *antisemitas* (palabra que es un clarísimo error etimológico), incluida la Arqueología, ciencia que anda averiguando cosas que no corresponden. Este rastro marroquí es el más antiguo de los epítetos que habrían de endilgársele al *Pueblo del Elegido*.

Pero como tanto los judíos como los fenicios son de *estirpe semita*, el *problema más que antisemita fue entre semitas*. Así como la lucha secular que mantiene el *Pueblo Elegido* con los *agarenos* o *ismaelitas*, no es un problema de *antisemitismo* sino de *entre semitismo*, aunque más propiamente habría que llamarlo *fratricida*, porque según la tradición bíblica aceptada por los dos en el Pentateuco, *son hermanastros*, desde que descienden de un padre común que fue el inefable Abraham (Gén. 21, 11 y 18).

La única diferencia en esta lucha secular es que estos dos hermanos han hecho partícipes y víctimas a todo el mundo de sus odios viscerales e intenciones de mutuo exterminio, obligándonos a los que no tenemos la suerte de descender de Abraham, ni de Sara o Agar según corresponda, a tomar partido por uno de ellos, so pena de ser tildados de parcial del otro; y ello ocurre casualmente porque tanto uno como el otro, por una razón valedera o sin ella, están derramados como huéspedes por todo este mundo que los aguanta estoicamente.

Parece ser que la primera colonia fenicia en estas extremas latitudes fue Cartago (en proximidades de la actual Túnez), lugar estratégico sobre la costa africana que dominaba el tránsito marítimo en el Mediterráneo entre el oriente y el occidente habitables. Cartago, colonia de Tiro, fue luego rica y populosa ciudad, metrópoli de la república homónima, que viene a ser el primer estado conquistador y mercantil de que hace mención la historia.

La colonización fenicia

Es natural que luego de consolidar Cartago, los fenicios iniciaran desde allí la conquista de la costa meridional de la Península Ibérica fundando una primera colonia que llamaron Gadir (luego y hasta hoy Cádiz) que quiere decir *lugar escondido o cercado*, no porque fuera así topológicamente hablando, sino que debe entenderse el vocablo en el sentido de *lejano o recóndito* respecto de Tiro de donde eran originarios los intrépidos nautas.

Una vez que Cádiz fuera fortalecida como colonia de Tiro, se derramaron los fenicios por el interior de la *Bética* (región comprendida entre el Guadiana y el Guadalquivir) y el resto del país de los *turditanos* costeros y de los *túrdulos* del interior (*Turdetania* es el nombre *indígena* de esta región, conocida luego como *Bética*, que es su nombre *alienígena*), fundando colonias, factorías, almacenes y depósitos en los lugares más acomodados para el tráfico mercantil.

A estas primitivas fundaciones pertenecen Málaga, Sevilla, Córdoba, Martos, Adra y otros varios pueblos de Andalucía, de los cuales algunos subsisten todavía, aunque en su mayoría han desaparecido desde hace cientos de años (existe una guía de ellas).

A la nueva comarca, que tenía a Cádiz como centro, los fenicios le dieron por nombre *Spania*, que deriva de la palabra *span* que significa *oculta o retirada*, lo que debe entenderse como en el caso de *Gadir* en el sentido de que para los *tirios* estaba situada en el confín del mundo conocido. Pero como *span* también significa *conejo*, y en este país había y hay todavía muchos conejos, no faltó

quien dijera que el topónimo deriva de esta particularidad zoogeográfica, lo que no deja de ser gracioso. Mucho han protestado los historiadores españoles por esto de llamarse como el huidizo mamífero leporino, y otros, más hábilmente, lo han ocultado de los ojos del vulgo siempre socarrón y mal pensado.

Sin embargo el *emblema de España* en las medallas acuñadas en los tiempos de Adriano es una *mujer con un conejo a sus pies*, lo que hace desaparecer nuestra sonrisa para soltar la risa que es más práctica y franca. Sea como fuere de la *Spania* fenicia hicieron los romanos la *Hispania*, los griegos *Hesperia* (país del occidente), *Hisbalia* los sarracenos y, los hispánicos sus dueños definitivos, *España*. De donde resulta que el nombre dado por los fenicios es el que ha prevalecido.

En cuanto al nombre *Iberia* y a su gentilicio *Iberos*, reservado en la actualidad al estilo poético y pésimamente empleado en algún otro sitio, es muy posterior al asentamiento fenicio porque aparece por primera vez en el *Periplo de Escilax*, el geógrafo y navegante de Carianda (unos 500 años aC. en el imperio de Darío), y puede derivarse del río *Iber Iberus* o de una combinación de antiguas palabras vascas, suponiendo que éste haya sido el idioma de los íberos como creen algunos.

Lo cierto es que *íberos* es un *nombre asignado a los indígenas o naturales del país* antes que al país mismo, que ya vemos los fenicios llamaban empleando otro vocablo. De todas maneras es conveniente aclarar que son volúmenes enteros los que se han escrito sobre estos nombres, sin que tan largas disertaciones no hayan terminado en sólo conjeturas, resultando finalmente que tal derroche de envidia y tinta no pasa de lo que tan brevemente nosotros aquí hemos expuesto.

Coincide esta colonización fenicia en España con el engrandecimiento y prosperidad de Tiro a la que el profeta bíblico describe como “nave de perfecta hermosura”, junto con toda la región bajo su supremacía, que la llevaron a la fama que retumbó de oriente a occidente (resumida en Ez. 27) y perdurando ha llegado hasta nosotros. El profeta Isaías se recuerda de Tiro llamándola “ciudad alegre, la de orígenes remotos, cuyos pasos la llevaron a colonias lejanas”, y agrega que fue la ciudad “que repartía coronas, cuyos comerciantes eran príncipes y sus mercaderes, grandes de la tierra” (Is. 23, 7 –8).

Por nuestra parte es justo asociar, como lo han hecho la mayoría de los historiadores, esta cúspide de la riqueza con aquellas encontradas en las nuevas (lejanas y escondidas) colonias de la *Spania* y transportadas en columnas infinitas de bajeles a que hace referencia Isaías.

De Tiro dice Ezequiel en sus lamentaciones (entre 593 y 571 aC.): “Tarsis (España) comerciaba contigo por la gran abundancia de todas tus riquezas: entregaba plata, hierro, estaño y plomo a cambio de tus mercaderías.” (Ez. 27, 12)

Cuenta Aristóteles (360 aC., unos 350 años después que Isaías), que los fenicios construían de oro y plata todos sus utensilios, anclas, herramientas y vasijas de sus naves, llegando al extremo de cargarlo en las sentinas como lastre. Puede ser que el estagirita hablase en forma figurada, digamos que poéticamente, dejándose arrastrar por su admiración hacia los fenicios y que, entusiasmado por lo que recogía de la tradición oral y escrita, resultó incontinente, de donde podría ser que este antecedente sea sólo una exageración.

Pero no caben dudas que la cantidad de oro que estos asiáticos importaban a cambio de sus mercancías debió ser formidable: de allí su economía floreciente y el esplendor que testimoniaron los profetas y cronistas orientales, principalmente.

Más de dos mil años después los españoles harían lo mismo con los indígenas del Nuevo Mundo cambiándoles el oro desestimado entre ellos por llamativas fruslerías altamente cotizadas, de las que comenzó Colón llevando cuatro arcones repletos de ellas para pagar *rescates*.

No se diga que el Almirante era un imprevisado y es la prueba irrecusable de que él sabía con quiénes se iba a encontrar: indígenas en la edad del neolítico. ¿Acaso piensa el lector que Colón llevaba cascabeles, cintas de colores, gorros colorados, cuentas de vidrio, clavos de herradura y virutas de bronce para hacerle un presente al Gran Kan que vieron los Polo, que vivía en suntuosos palacios, rodeado de riquezas incomparables y con un pueblo que nadaba en la prosperidad, creadores de una civilización más antigua que la de España misma?

Estas cosas que cuentan convencidos los historiadores y repiten las profesoras gordas de historia, son las que le dan alegría a esta ciencia, porque siempre nos han hecho reír mucho desde nuestra escuela secundaria. Hoy las siguen repitiendo y así seguirá hasta la Parusía. Porque es bueno que haya humor en las aulas.

Otro antecedente remoto

Habiendo escrito lo que antecede parecería que todo ha quedado debidamente aclarado. Sin embargo pronto vemos que no es así. El historiador de los judíos Flavio Josefo en su *Antigüedades Judaicas* comenta que Tubal, hijo de Japhet y nieto de Noé fue el primer hombre que fue a España “y la gobernó –dice- con imperio templado y justo”, o textualmente: “*Thobelus Thobelis sedem dedit qui nostra ætate Iberi vocantur*” (Libro I, Cap. VI). De este antecedente se han tomado varios historiadores españoles discutiendo unos y otros para dar por cierta la noticia de Josefo.

Nosotros sin ponernos del lado de Josefo ni de los españoles que lo regañan por su falta de precisión y de los otros que se reconvienen entre sí, hacemos mención de que justamente este Tubal es uno de los de la descendencia del judío Japhet que, después de mencionárselo en el *Catálogo de las Naciones*, desaparece misteriosamente sin que se diga nada más de él ni dónde haya ido. ¿A dónde fue a recalar la humanidad de Tubal y la de su familia? Entonces si a los dichos de Josefo no los tomamos por ciertos, tomémoslos aunque más no sea como sospechosos.

Otro grupo investigador se apoya en un capítulo del Génesis en que se nombra a *Tharsis*, hijo de Javan y nieto de Japhet, uno de los que salieron a poblar la tierra en el tiempo que media entre la finalización del diluvio y la construcción de la torre de Babel. Resulta de esta manera que el judío *Tharsis* fue el *primer poblador de España* (porque la tierra había sido inundada por el Señor para ahogar buenamente a todos los seres humanos creados por su amor, y demás seres vivientes como plantas y animales, ajenas e inocentes de las disputas por canalladas del pasado), y el que habría dado su nombre a la isla *Tharseya*, viniendo a ser el principio y origen de la nación española.

El texto bíblico en latín dice: “*Filii autem Javau: Elisa et Tharsis, Cettkim et Dodanim. Ab hisdiviæ sunt insulvæ gentium in regionibus suis, unusqgisque, secundum linguam suam et familias suas nationibus suis*” (Gen. 10, 4-5). Que resulta un poco distinto por cuanto se trataría de una verdadera migración de familias judías con sus costumbres y lenguaje hacia las naciones marítimas.

Dice un historiador español que “no hay duda que podrían algunos descendientes de Japhet, de Tubal o de Tharsis venir a poblar algunos puntos de nuestra Península, pero ni prueban los textos que vinieran ellos mismos, ni pueden hacerse sobre ello sino conjeturas más o menos probables.” De todas maneras y a los fines que interesan a nuestro trabajo, resultaría posible que el judío Tubal o su sobrino Tharsis, o clanes completos pertenecientes a estos dos personajes casi prehistóricos, *hayan poblado algún punto o comarca española en épocas tan remotas.*

Sobre Tharsis, el oro y las columnas de bajeles transportándolo, que serían tan numerosos “como una nube, como palomas a su palomar”, nos dice el Profeta Isaías (unos 750 aC.) en Is. 60, 8 y 9. Mucho más específico sobre Tiro y Tharsis se vuelve el profeta en Is. 23, 1-8.

Más adelante, y siempre hablando bíblicamente, fue a Tharsis, como lugar recóndito y lejano, donde trató de huir Jonás desde el Nínive (Siglo V aC.) en un barco que hacía esa carrera, cuando arrojado a las aguas por la tripulación, fue devorado por un gran pez (Jon. 1, 3 y 4, 2) en cuyo vientre permaneció tres días y tres noches (Jon. 2, 1).

En el caso de Tharsis existe otro *pero*. Porque en la provincia española de Huelva (al este del Guadiana), esto es el corazón de la región que estamos tratando, existe una *sierra* llamada de *Tharsis* (serranías bajas de El Andévalo), famosa en la antigüedad por sus ricas minas de oro y plata.

Cuando Salomón, rey de Israel (970-931 aC.), en colaboración con Hiram I de Tiro, fabricaron flotas para acarrear el oro para la construcción del Templo, dicen que lo llevaron desde *Tharsis* y *Ofir* (*Ofir* vendría a ser la actual *Safala*, en la desembocadura del río Zambeze, costa sur oriental de África).

¿Esta Tharsis sería la ubicada a la vera de los ríos Tinto y Odil o la pretendida tierra colonizada por el judío Tharsis nieto de Noé? No lo sabemos y nadie nos lo ha podido decir. Puede ser también que no sea ninguna de las dos. Pero evidentemente estas toponimias son muy llamativas en una región que fue medular para la economía fenicia.

De ser correcta nuestra presunción resultaría que unos 1.000 años aC. había una colonia judía instalada en Andalucía, trabajando con los fenicios y empleando la mano de obra indígena seguramente, exportadora de oro en cantidades fabulosas a Israel (unos 14,7 Toneladas, que es igual a la cantidad de oro que actualmente extrae durante un año la minería Argentina por todo concepto), con el pretexto de construir la *Casa del Señor*. El oro: justamente, es lo único que Dios no les pide a los judíos según los textos escritos por ellos mismos.

Aprovechamos este lugar para decir que durante los veinte años que duró la construcción de los edificios (la *Casa del Señor de Israel* más pequeña que la *Casa del otro señor* que era la de Salomón propiamente dicha, si comparamos 1 Rey. 6, 2 y 1 Rey. 7, 2, donde hasta la vajilla era de oro), el condescendiente rey de Tiro “le proporcionó (a los judíos) madera de cedro, madera de ciprés y oro a discreción (unos 4,2 Toneladas según el texto bíblico).” Como si esto fuere poco “el peso del oro que recibía Salomón *en un solo año* ascendía a los 23,31 toneladas (y gobernó 31 años) , sin contar lo que aportaban el tránsito de viajeros, el tráfico de mercaderes, todos los reyes de Arabia (peajes) y los gobernadores del país (tributos).”

Seguramente el lector se preguntará a dónde guardarían los judíos semejantes cantidades de oro con la seguridad y los servicios conexos que demanda cualquier tesoro (acarreo, estibado, mantenimiento, contabilidad de ingresos y egresos, balances y transferencias). Nadie habla de este detalle crucial en la vida de cualquier fortuna que además era el sustento de un reino. Por este motivo suponemos que el *santo* Templo de Salomón funcionaría como *entidad bancaria*, tal cual fueron los templos erigidos por los judíos en Babilonia y sobre cuya existencia tenemos adecuada certeza. El mismo Talmud nos habla desde aquel ayer del misterioso papel llamado “*pagaré*” (Baba Ba ta, pág. 172) y después los rabinos Ascher (125061327, rep. 68.6 y 68.8) y José de Karo (XVa) en el Choschan Mischpar (65.10).

Estos papeles exotéricos no son otros que los *mamré* de los judíos polacos (antecedente más remoto del *cheque al portador*); los que circulaban alegremente en las ferias de Amberes en el Siglo XVI; los *pagaré al portador* legalizados por el catolicísimo Carlos V en 1538 y más tarde por las costumbres de Amberes (1582). Estos títulos fueron los que les permitieron a los judíos traficar mercaderías con nombres cristianos, evadir impuestos, extraer dinero de un país para llevárselo a otro y especular en las bolsas sobre mercaderías y valores.

¡Que no se diga entonces, calumniosamente, que desde hace casi 3.000 años los judíos, de puro previsores y ahorrativos que eran, ya andaban acumulando su oro en Israel hasta alcanzar cifras siderales! Porque, si bien lo hacían, era para la *Casa del Señor* y para que Dios supiese de todo lo que lo amaban los judíos, sus predilectos. Es que realmente son muy pocos los que han podido entender cabalmente al *Pueblo elegido por el Señor*.

En cambio Isaías dice claramente que sus “puertas (las del Templo) estarán siempre abiertas (...) para que traigan las riquezas de las naciones bajo la guía de sus reyes” (Is. 60, 11); y a continuación previene a los que no sirvan de este modo porque serán exterminados y perecerán (Is. 60, 12). Además explica de dónde saldrán las riquezas para Israel (Is. 60, 16 y 17), de manera que nadie dude o desoriente, y muy particularmente los judíos, destinatarios exclusivos entonces del mensaje profético.

Sorpresivamente el texto bíblico cuando habla de este asunto emplea con toda habilidad unidades de medida como *el talento* (35 kg) y *el siclo* (11,4 g) copiadas por los judíos de los persas, que son realmente muy arcaicas y desconocidas para la masa de sus desprevenidos lectores. De esta manera y a propósito, se evita que el incauto tome conciencia de este saqueo sin límites a otras naciones por primitivas e ignorantes que hayan sido, y de la acumulación de riquezas con fines inconfesables sin decirnos, por otra parte a dónde la depositaban.

Es que la sola riqueza indiscutible para el judío resulta ser el oro, que se adhiere a su dueño y lo acompaña en sus avatares, y se puede robar, acumular, guardar indefinidamente, fraccionar, pulverizar, fundir, esconder, transportar y, sobre todas las cosas y llegado el caso, adulterar y falsificar que es tan importante como todo lo anterior. Piense el lector cuáles de los 104 elementos de la Tabla Periódica de los Elementos tiene estas propiedades que no sea el oro: verá que dando una gran vuelta por todos ellos, incluidos los transuránidos, volverá irremisiblemente al áureo metal.

Pero en estas cosas los judíos han sido siempre coherentes y, como es habitual, nosotros los tozudos incoherentes. En un pasaje del Éxodo leemos que el oro recibido por Aarón de las mujeres judías (*que era el robado a los egipcios antes de la fuga; latrocinio inspirado por el Señor*, Ex. 12, 35-36) fue fundido y el secuaz de Moisés devenido en hermano mayor lo trabajó al cincel “e hizo un ternero” (Ex. 32, 4).

“Ellos (los judíos con Aarón incluido) dijeron entonces: ‘Este es tu Dios, Israel, el que te hizo salir de Egipto’ (Ex. 32, 2-5)”. Pero cuando Moisés interroga a Aarón por la consumación de esta impiedad, éste le responde y nos hace una gran revelación: “Tú sabes muy bien que *este pueblo* (los judíos) *está inclinado al mal*”, para agregar que “ellos (los judíos) me lo trajeron (al oro), yo lo eché al fuego y salió el ternero” (Ex. 32, 22 y 24). Todo lo cual no deja de ser una maravilla como cuando en el protoevangelio el judío Adán, primogénito del *Señor*, todo un caballero, culpó a la mujer de haberle dado el fruto del árbol prohibido (Gén. 3, 12) que él sabía que estaba prohibido.

Allí mismo Aarón, el que hiciera de *Profeta del Señor* (Ex. 7, 1), le fabricó un altar para su adoración, como los que forjó con el oro Salomón en Jerusalén. Pero, ¿con qué espíritu pronunció Aarón estas palabras coreadas por el pueblo? Tal vez quiso decirles: ¿para qué me piden un dios, si ya lo tienen y lo adoran en secreto, y es el oro? ¿Pretendió acaso anunciarles *cuál era su destino y el móvil de su futura política* como lo estamos viendo en Salomón? Esto deja perplejo hasta al más pintado, porque cuál era el *Dios* de los judíos: el becerrillo que lo hacían de oro, el oro con el que hacían un becerrillo, o juntamente el becerrillo de oro que es mucho más práctico.

Sinceramente: ¿lo de Aarón es una *verdad*, una *profecía* o tal vez una *ironía*?. Cuando el Rabino relee en la Tora este pasaje del becerrillo en el Deuteronomio de la sinagoga, ¿qué se le pasará por la cabeza, esto, aquello o nada que es lo más probable? Medite el lector sobre este delicado asunto.

Recordamos de paso que este becerro de los judíos no es otro que el que representaba entre los egipcios al popular *Apis*, encarnación de *Ptah* (dios protector de los labriegos y artesanos que con *Sejmet* y *Nefertum* constituían la *trinidad* de Menfis), que fuera adorado en el *Muro Blanco* del faraón Nember en *forma de buey*. En los monumentos funerarios aparece con el disco solar sobre su cabeza porque al morir se convertía en *Osiris-Apis*. A su vez el faraón, como hombre, era evocado con el nombre de *Horus* y después de su muerte se transformaba en *Osiris* bajo cuyo aspecto era adorado.

De suerte entonces que este buey, con el sol naciente entre sus cuernos, venía a ser una condensación de virtudes y potencialidades que iban desde las madre tierra, la fertilidad, el trabajo, la majestad del poder divino, la tradición histórica, la resurrección y la vida. Pero como estaba hecho de oro representaba además la riqueza proporcionada por el respeto a todo lo anterior. Extremadamente prácticos los judíos: en un solo icono, portátil por lo demás, depositaban tanto sus votos como sus esperanzas, y todo al mismo precio.

Ahora bien y para colmo, otros eruditos y respetables autores españoles que se adentraron en estos temas con suerte diversa, concluyeron diciendo que, a su parecer, el lenguaje hablado por los *íberos* fue el *hebreo-fenicio*, o un *dialecto del hebreo*.

Pero esto no es todo y yendo más allá aseguran, para demostrar sus dichos, que *una tercera parte de la lengua castellana tiene voces de origen hebreo* (Cortés, *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*, Tomo II, pág. 49 y García Blanco, *Gramática hebrea*, Tomo III, pp. 97 y ss.).

Aseveración de los doctos que nos deja parapléjicos, aunque la cuestión no es tajante ni está resuelta, lo que nos reanima un tanto, y por ello sería interesante que los filólogos resolvieran cuanto antes sobre este presunto hallazgo que, a más de un siglo transcurrido, se mantiene aún sin solución definitiva (Modesto Lafuente, *Historia general de España*, Tomo I, pp. 178 y 179).

No estaría completo este resumidísimo cuadro sobre la Madre Patria, si no hiciésemos la interesada mención sobre la prodigalidad del suelo español en metales preciosos, ferrosos y no ferrosos, que más parecen fábulas arrancadas de un sueño si no fuera por lo que nos han dejado los primeros geógrafos e historiadores.

Decía Estrabón que “en ningún país del mundo, se ha encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro, ni en tanta abundancia ni de tan excelente calidad como en España.” Otros autores hablan como si fuere un hecho vulgar de lugares llamados *Argentarius* o de *Argentarius mons* (Montañas de Plata), de ríos que acarreaban areniscas de oro, y el mismo Estrabón nombra al río Tajo en machacadas oportunidades como *Tagus aurifer*, *auratus Tagus* y *Tagus opulentissimus*.

Esta habría sido la causa, el verdadero imán y no otro, del arribo de los judíos a las costas meridionales de la Península Ibérica. Embarcados con los fenicios fueron arribando solitariamente y luego con sus familias para no irse nunca más. Y no sería desatinado imaginar que lo de la *Tierra Prometida* y lo del *Pueblo Elegido* no haya sido nada más que un pretexto para dar cohesión, espíritu de cuerpo, conciencia, idea de supremacía, fanatismo y una misión en la vida a un hato de miserables errabundos, díscolos de tal ignorancia que ni el lenguaje ni su escritura, expresión superior de las ideas, les eran propios.

Con este bagaje sin igual, majado durante cuarenta años en el desierto para que nada vean, escuchen o comparen, disputarían un lonja de tierra miserable e inhóspita, pero cuyos habitantes eran propietarios de fabulosas riquezas e intrépidos navegadores de allende el mar incógnito. Los personajes, las fechas, los hechos, como la ocupación militar egipcia a Tiro y Sidón, tan injusta como la de los judíos a Palestina y casi simultánea con ella, todo, absolutamente todo, hace pensar de esta manera.

Los otros visitantes y propietarios

Cuando Polibio estudió a los *turdetanos* recorriendo su país y cien años después Estrabón se basara en él para continuar los suyos sobre el mismo tema, los dos escritores latinos hablan en términos magníficos y encomiosos de esta civilización.

Apuntaban ellos, que por otra parte son famosos por su exactitud historiográfica, que la civilización de la *Turdetania* se remontaba a 6.000 años atrás de su presente (serían unos 6 ó 7.000 años aC.), por cuanto *en esa edad ya tenían leyes escritas en verso*. En otras palabras, los indígenas españoles serían más cultos que el *Pueblo Elegido por el Señor* que por ese tiempo no había iniciado aun su éxodo como clan arameo en dirección a Ur, en la antigua desembocadura del Eufrates.

Es de imaginarse el revuelo que esta noticia, dicha inocentemente por estos dos escritores en su momento, produjo cuando fueron resucitadas siglos después. Si lo de Polibio y Estrabón fuese cierto *la civilización turdetana se remontaría a tiempos muy anteriores a la creación del mundo*, y la cronología bíblica dada por los judíos, siempre vacilante, se vio en un nuevo aprieto.

Esto le ocurrió a Polibio y a Estrabón porque *no habían leído el Antiguo Testamento* y nos ocurre a nosotros *por haberlo leído*, que de no hacerlo estaríamos más tranquilos como estaban ellos en su tiempo. Si bien existían en aquellas épocas los textos en forma de sueltos sin compendiar, muy disímiles unos de otros y sin contar los que luego de Nicea quedaron como apócrifos, pertenecían estos libros a las tradiciones de una comunidad de las tantas que ellos vieron desde el Imperio y, en consecuencia, intrascendente o, a lo sumo, parecida a las restantes.

Si a Polibio o Estabón, que se evidenciaron tan sensatos en sus juicios, les hubiesen dicho que el origen y destino de los judíos era divino, se hubiesen reído mucho, porque todos los pueblos de entonces decían lo mismo, incluidos ellos mismos, los romanos.

Pero esta dislocación en el tiempo, una de los tantas que tiene el texto hebreo, en realidad nunca fue un escollo. Por eso se debe tener siempre a mano un astuto teólogo explicador. Apelaron estos graves maestros de la triquiñuela a otros no menos graves autores como Diodoro de Sicilia, Varron, Plutarco, Lactancio y Suidas, quienes describen la antigua costumbre de los pueblos bárbaros de contar los años *por las estaciones* y no *por años sidéricos* (*año sidérico* es el tiempo que emplea el Sol para pasar dos veces consecutivas por un mismo punto de la superficie terrestre).

Como cada estación tiene tres meses, al hacer el cociente el resultado viene a ser sólo un 25 por ciento de aquel total y entonces coincide plenamente con la cronología bíblica y el asunto se terminó. Nadie en su sano juicio se atrevería a desdecir semejante antigualla enjundiosa, ni a ponerse a cinchar contra el *Libro del Pueblo Elegido por el Señor*. Un solo detalle se les olvidó: Diodoro, Varron, Plutarco, Lactancio, Suidas y otros (porque hay otros más como Tito Livio, Hircio, Julio César, Justino y Velayo Patérculo), *jamás hablaron al referirse a estos temas de los turdetanos, de su civilización, ni de la forma de contar los años*.

Por ello la analogía es completamente caprichosa. Que no es para sorprenderse: algo parecido hicieron algunos con las civilizaciones americanas, porque el tiempo, elemento huidizo, intangible, no gobernable, tampoco les daba en las cuentas malamente hechas por los judíos, como está ocurriendo ahora con la data que arroja la piedra *obsidiana*: superabundante en las construcciones incaicas, mayas y aztecas y que tiene la inveterada costumbre de decir cuándo fue cortada o pulida. No sabemos cómo habrán de explicar esto cuando la noticia se vulgarice.

Pero en este caso a la imbecilidad la hacen los mismos cronistas sin necesidad del teólogo explicador, porque en Europa había que imprimir el librito del viaje o la crónica y luego había que venderlo, así que era conveniente que llegase libre de *impurezas* a la imprenta. No está lejano el día

en que se hagan bien las cuentas sin caer en los cálculos estafalarios de los israelitas. Veremos entonces que pasará, por ejemplo, con los 950 años, es decir casi un milenio, que dicen vivió el judío Noé (Gén. 9, 29) y otros (Gén. 11, 10-26), para que las cuentas al final resulten.

Se tiene entonces a los fenicios como a los primeros civilizadores de España, sembrando en ella las ideas del comercio, de la industria, de las artes y de la navegación y suavizando las costumbres agrestes de sus indígenas como lo puntualizan Estrabón y Diodoro. No es una casualidad que de esta comarca a la que arribaron los fenicios hayan salido siglos después, los más intrépidos navegantes que conociera la humanidad y que concluyeran por descubrir y conquistar el Nuevo Mundo.

Los fenicios ya habían civilizado a Grecia y establecido en ella algunas colonias. Entre los griegos insulares, insuflados de la cultura fenicia y trocados luego en sus competidores, se distinguieron los de *Rodas* que fundaron *Ophiusa* (la actual Ibiza) en las islas *Gymnesias* (las Baleares) unos 900 años aC., y en la costa catalana la estratégica ciudad de *Rhode* (hoy Rosas a la vera del golfo; Alto de Ampurdán en Gerona).

Sus parientes, los *focenses* o *griegos asiáticos*, establecieron la rica colonia de Marsella en la Galia mediterránea y en España, hacia los Pirineos, Ampurias (la primitiva *Emporion* por *mercado*) donde acumulaban mercaderías en grandes almacenes y depósitos. Siguiendo la costa hacia el oeste llegaron hasta Valencia donde pudieron fundar algunas colonias como *Hemeroscopeion* (la *Dianum* de los romanos), donde erigieron el famoso templo de Diana (actual ciudad de Denia) y echar cimientos a Sagunto (rebautizada como *Murviadro* por los visigodos), etc.

Como por el año 320 aC. se produjo, según hemos visto, una gran dispersión de los judíos por el *mundo griego*, de tal magnitud que nos hemos atrevido a considerarla como verdadera *diáspora*, y la costa española de los Pirineos a Cádiz tenía regulares asentamientos griegos (*rodios* y *focenses*) que formaban parte de ese mundo, resulta fácil suponer que por ese entonces estas colonias recibieron una buena cantidad de los hijos del *Pueblo del Señor*, que vendrían a reforzar a las ya existentes colonias judías instaladas de tiempos aún más pretéritos, tanto que no faltaron algunos autores que hayan sugerido que en España estuvo el judío Noé en persona colonizándola y no sus descendientes como hemos dicho nosotros.

Cuando Cartago se independizó de Tiro, volvió sus ojos codiciosos sobre las prósperas posesiones fenicias en la ribera española, pensando en dilatar su imperio para dominar el Mediterráneo. Valiéndose de una felonía atacaron Cádiz, el principal baluarte y atrincheramiento fenicio, con la intención de apropiarse militarmente de toda la Bética y, tras breve lucha, conquistaron la ciudad y expulsaron a sus antiguos moradores. Sucedió esto a los 252 años de la fundación de Roma y 501 aC., fechas que marcan el fin de la dominación fenicia en España.

Los de las colonias griegas que ya habían perdido en las Baleares, luego Cerdeña y más tarde Córcega (ocurrido entre el 550 y 480 aC.), advirtieron el peligro de una invasión cartaginesa sobre la costa del mediodía de Marsella a Valencia, se precipitaron a sellar una alianza con Roma, que ya en aquel tiempo comenzaba a mostrarse poderosa y se había medido en el mar con los africanos privándolos de Sicilia. Este es el más antiguo tratado que se celebró entre estos dos pueblos. Sin embargo en este epítome ni en la que le siguió después se menciona a España como país o nación, ni que esas posesiones fueran parte de ella.

Mientras Amilcar recorría Málaga, Córdoba y Sevilla imponiendo tributos a nombre de Cartago en el 238 aC. debió producirse una gran transferencia de judíos de España a la costa mediterráneas del África occidental. Sin embargo habría de forjarse entonces otro fenómeno que conviene evidenciar.

Sea por la proximidad geográfica entre África y España, por las características propias de los judíos de fundar comunidades dentro de cada país y ajenas a él como si fuesen huéspedes (*ghettos*), por la

corporación de intereses o por los peligros, fatigas y sacrificios que mancomunan a la gente, o por todas estas razones a la vez, los lazos inquebrantables de unidad que mantuvieron los judíos españoles y los de esta costa africana serían únicos en toda la historia del *Pueblo del Señor*. Pronto daremos la dolorosa evidencia de que esto fue así, lamentablemente, para los españoles y para España.